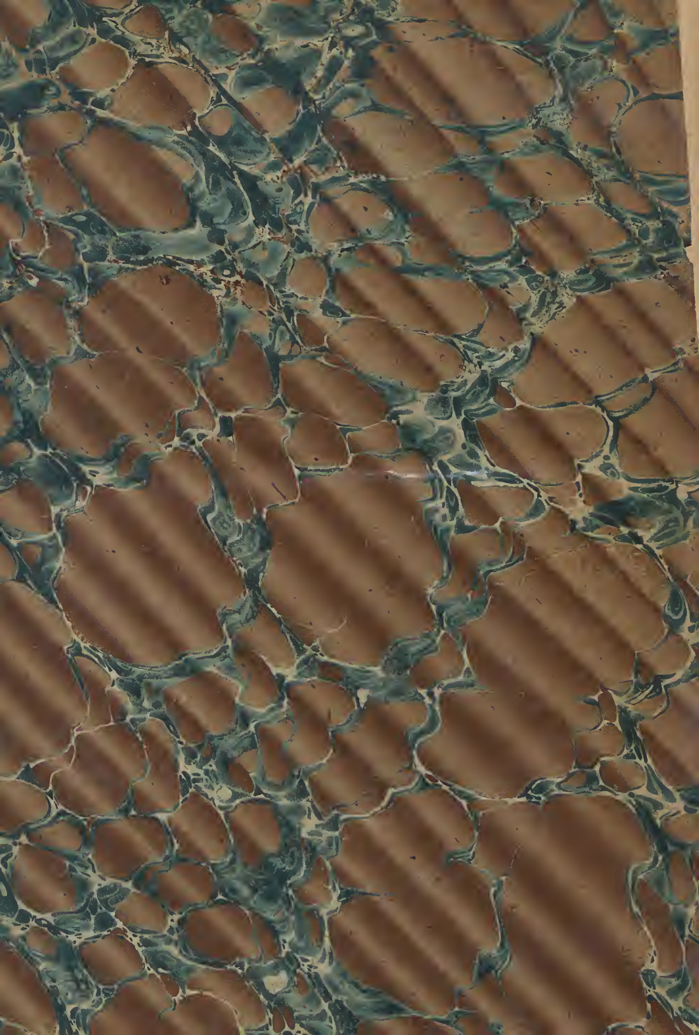






Tratador — 5

Indice



1.

ESCRITOS INÉDITOS

DE

MONSEÑOR JUAN BAUTISTA MASSILLON,

OBISPO DE CLERMONT,

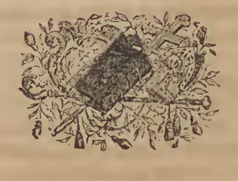
Y APUNTES BIOGRÁFICOS ACERCA DEL MISMO:

TRADUCIDOS Y ORDENADOS

POR EL DOCTOR

D. G. F.

Colligite... ne pereant.





SEVILLA:=1852.

IMPRENTA Y TALLER DE ENCUADERNACIONES DE JUAN MOYANO,

calle de Francos número 45.

PRÓLOGO.

Don Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion de Clérigos Reglares de S. Cayetano, publicó en Madrid, de 1773 á 1775, una traduccion castellana de los predicables y otras producciones de *Massillon*, en once tomos; á los cuales se agregaron en 1776 dos mas, que contienen igualmente sus *Conferencias Eclesiásticas* y *Discursos Sinodales*. Estos trece volúmenes forman el conjunto de las obras del insigne prelado, que manejan comunmente nuestros predicadores, tributándolas el homenage de aprecio y de admiracion á que son acreedoras.

Habiendo llegado á nuestras manos un libro que años hace dió á luz en Paris *Mr. Beaucé-Rusand*, adicionando á las piezas indicadas algunos otros escritos inéditos del obispo de Clermont, que habia podido reunir en fuerza de esquisitas investigaciones; hemos creido hacer un servicio al clero y á las personas aficionadas á las bellas letras en España, ofreciéndoselos vertidos á nuestra lengua en la presente obrita.

Su primera parte comprende lo predicable; en especial, un *Discurso sobre el peligro de las malas lecturas*, que indudablemente merece ser citado entre las composiciones mas notables del sábio y piadoso obispo, por su escelente doctrina, por las imágenes grandiosas y patéticos rasgos en que abunda, y por la uncion evangélica que destila; y que, por otro lado, es oportunísimo en unos tiempos, en que por desgracia se palpan muy de cerca los estragos que producen los libros irreligiosos en la juventud de ambos sexos.

La parte segunda abraza varias cartas de *Massillon*, dignas

tambien de su autor; entre ellas, algunas de no escasa importancia histórica, por la íntima relacion que tienen con las desagradables ocurrencias á que en Francia dieron lugar durante el siglo anterior, la tenaz oposicion de los Jansenistas á la bula *Unigenitus,* y la conducta poco cuerda de ciertos prelados que mas ó menos decididamente apoyaron la causa de aquellos. De esta clase son las dos comunicaciones á Monseñor *Soanen*, obispo de Sénez, y la dirigida á Monseñor de *Tourouvre*, de Rodez.

Forman la última parte los apuntes biográficos del inmortal *Massillon*. En ellos, ante todas cosas, se caracteriza su elocuencia, se retrata al eminente orador en el púlpito, y se ofrece una idea de los felices resultados que alcanzó con sus sermones, no menos que con sus consejos y exhortaciones en el tribunal de la penitencia. Y en una coleccion de anécdotas, dispuestas por órden cronológico, á cual mas curiosas, y que instruyen de pormenores poco sabidos de la vida, asi pública como privada, del venerable obispo, se hace al lector conocerle de una manera casi tan exacta, como si hubiese tenido la dicha de tratarle. Este sistema de trazar la história de los varones ilustres, ofrece un interés muy especial: no solo en cuanto satisface mas que otro alguno la curiosidad, presentándolos á nuestra observacion en los momentos de abandono, en que tan fácil es verlos cuales son realmente; sino tambien porque su vida, asi espuesta, es harto mas instructiva y ejemplar, descubriéndonos los resortes de que se han servido para elevarse á las regiones mas sublimes de la ciencia; esto es, nos muestra el método que adoptaron para sus estudios; el que siguieron luego para la formacion de las obras á que deben su celebridad; como las revisaron despues y las sometieron á una severa correccion, á aquella lima que recomienda Horacio, para darlas la perfeccion que nos asombra, que tal vez nos desespera: y por último, hasta qué grado la magia de la voz y del gesto de los legisladores de la Elocuencia, ha podido contribuir á que sus composiciones operasen los prodigios cuyo recuerdo se conserva, á través de las edades, tan fresco, tan vivo, como el de los acontecimientos que han cambiado los destinos del mundo.

PRIMERA PARTE.

PREDICABLES.

DISCURSO

SOBRE EL PELIGRO DE LAS MALAS LECTURAS.

Obtulistis animas vestras ad periculum.
Habeis espuesto vuestras almas á un peligro cierto.
LIBRO DE LOS JUECES, CAP. 5, V. 2.

Tales son, hermanos mios, las palabras que dirijian Barac y Débora á los Israelitas despues de su victoria sobre las tropas de Sisara, invitándoles á que bendijesen el nombre del que acababa de depararles el triunfo, y de libertarlos de la dominacion de sus enemigos. ¡O vosotros todos, les decian, que os habeis espuesto voluntariamente al peligro, bendecid al Señor: *Qui spontè obtulistis, de Israel, animas vestras ad periculum, benedicite Domino!* Vosotros tambien, católicos, os esponeis voluntariamente, os abandonais á unos peligros cuya gravedad conoceis, leyendo esos libros frívolos y las-

civos, que parecen multiplicarse en nuestros dias para causar la ruina de tantos cristianos; y al observarlo, ¿por qué no podré repetiros lo que Barac y Débora decian á los hijos de Israel: Bendecid al Señor: *Benedicite Domino*? Los Israelitas se ofrecian á la muerte en honor del Eterno, peleando contra los enemigos de su santo nombre; ofrecianse á la muerte por vengarse del impio monarca que los tenia oprimidos. Asi, el peligro que arrostraban, era útil y glorioso á la vez; puesto que se sacrificaban por el Señor: al paso que el riesgo que correis con daros á semejantes lecturas, nada tiene de glorioso ni de útil; porque ¿qué gloria, que utilidad puede resultaros de perder vuestra alma?

Gran Dios! ¡cuan ciegos é insensatos somos! Unos libros llenos de falsedad y de mentira, unos libros corruptores, como los hombres cuya obra son, ocupan todos nuestos ocios; y, lo que es mas, les sacrificamos hasta los deberes de nuestro estado y de nuestra posicion social, y el cuidado de los negocios mas importantes: y apenas nos dignamos abrir el divino libro que os servisteis inspirar; agenos del pensamiento de descubrir en él los tesoros que en vuestra palabra se encierran, y los inefables dones de vuestra gracia!

Deben distinguirse dos especies de libros peligrosos, á saber: los libros frívolos, y los libros lascivos: aquellos disipan el entendimiento, debilitan en nosotros la vida de la gracia, y nos disponen para olvidar á Dios; estos corrompen el corazon, y conducen al hombre á la incredulidad.

En dos palabras: peligro que presentan los libros fri-

volos por lo que concierne al entendimiento; peligro de los libros lascivos por lo que respecta al corazon: tal es la materia y division del presente discurso. Imploremos las luces del Espíritu Santo por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Llamo libros frívolos á esas obras que, sin atacar las costumbres ni la Religion, sin pronunciarse contra las máximas del Evangelio y de la moral de J. C., no ofrecen en su contenido sino especies fútiles, bagatelas insensatas, indignas de ocupar ni por un solo instante los ratos perdidos de un cristiano, el cual, en frase del Apóstol, debe dedicar á J. C., asi sus momentos de descanso como los que emplea en el trabajo; y que, lejos de adornar su entendimiento de nociones que aprovechen para esta vida ó para la vida futura, solo sirven para entretenerle, y para hacerle perder el gusto de las cosas celestiales.

Digo, pues, que la lectura de ese linage de escritos, es peligrosa para el entendimiento; en primer lugar, porque le hace malograr un tiempo precioso, que podria aprovecharse trabajando para la eternidad; y además, porque le conduce á la disipacion, y por consiguiente, al olvido de Dios.

Me he hecho cargo ante todo de la pérdida del tiempo; y aquí me permitireis, hermanos mios, que os pregunte si sabeis lo que es el tiempo, si conoceis todo su

valor é importancia. El tiempo es el precio de los dolores y padecimientos de un Dios; es la recompensa de la Pasion y muerte de J. C., que hizo esa adquisicion derramando su sangre por nosotros en la Cruz. Eramos todos hijos de cólera, destinados estábamos á la muerte y condenacion eterna, si nuestro Padre celestial no se hubiera apiadado de nosotros, y enviado á su Hijo al mundo, para obrar nuestro rescate y libertarnos de las sombras de la muerte. Cada hora, cada instante de nuestra vida, nuestra vida entera, es, por lo mismo, un beneficio de la Cruz. Entre todos los dones de Dios, el mas precioso es el tiempo; porque su pérdida es irreparable; porque ni las oraciones, ni los ayunos y mortificaciones, ni aun años enteros que pasemos en el dolor y las lágrimas, podrán devolvernos uno solo de los dias que hayamos disipado. La gracia puede entrar nuevamente en nuestro corazon con las virtudes que de él habiamos alejado, y los sacramentos reproducir su fervor; Dios, á quien habiamos arrojado del mismo, puede volver á tomar de él posesion y restablecer allí su trono. Pero ¿quién nos restituirá el tiempo, que solo pertenece á la eternidad? ¿ese tesoro adquirido á costa de la muerte de J. C.? El sacrificio sangriento no se renueva; J. C., dice el Apóstol, solo una vez ha muerto por nosotros: *Christus mortuus est semel;* cuanto habia en él terrestre y mortal, ha sido clavado en la Cruz, y la muerte ya no tiene sobre él ningun dominio. *Mors illi ultra non dominabitur.* (1)

Ah! si es cierto, mis amados oyentes, que Dios, al juzgaros, os ha de pedir cuenta de cada uno de los dias

(1) Rom. c. 6. v. 9.

que su bondad os habia concedido; si entonces se ha de mostrar tanto mas severo y rigoroso, cuanto mas grandes y señaladas hayan sido sus larguezas; decidme, ¿como os será dable justificaros en presencia de aquel á quien nada se oculta, de aquel, que ha de apreciar en su verdadero valor vuestros pretestos vanos y quiméricas escusas? ¿Qué habeis hecho de vuestros dias y de vuestros años? Dios os los habia dado para servirle y amarle, para que le tributaseis el homenage que la criatura debe á su Criador, y le mostraseis vuestra gratitud por los beneficios de que la Providencia no cesa de colmaros. ¿Y cómo habeis usado de ese tiempo de misericordia y de salud; como habeis llenado las obligaciones que exijia de vosotros el reconocimiento hacia vuestro bienhechor, vuestro Padre y Señor? Todos los instantes que pasais leyendo esas histórias fabulosas, esos escritos pueriles, inútiles para el hombre y para su felicidad, hubiérais podido emplearlos en trabajar para el cielo, en acumular tesoros para la vida futura, en llenar vuestras manos de buenas obras, en interesar á Jesucristo en vuestro favor. ¡Cuantos dias perdidos en tan criminales entretenimientos, que hubierais podido ocupar en corregir ese orgullo, que no alcanzais á vencer, y que os hace la fábula de todos los que os conocen; ese insano amor propio, que os induce á preferir vuestras luces á las de todos los demas; esa propension á la maledicencia, que es el tormento de cuantos se hallan cerca de vosotros; ese carácter impetuoso, que se irrita y enciende con una palabra; ese deseo insaciable de elevacion, que es en vosotros origen de tantas sinrazones

é injusticias, y al cual sacrificais vuestras vigilias y vuestro reposo! ¡cuántas virtudes que os faltan, y que hubierais podido atesorar: la paciencia en medio de vuestras adversidades y aflicciones; la moderacion en la prosperidad; la dignidad con vuestros iguales, y aun con los inferiores; la caridad hácia vuestros enemigos! ¡que de obras buenas omitidas, que de santas inspiraciones inutilizadas, cuantos movimientos de la gracia sofocados al nacer! Mientras vuestro entendimiento se absorvia en la lectura de esos libros ociosos, algunos pobres llamaban á vuestra puerta, y en nombre de Dios os pedian un pedazo de pan para aplacar el hambre, y vosotros se le negábais; mientras otros infelices, tendidos sobre un monton de paja, invocaban vuestro auxilio, sin que su voz alcanzase hasta vosotros. J. C. tenia sed, y os negásteis á darle de beber; sentia hambre, y no le disteis de comer; estaba preso, y no habeis venido á visitarle. ¡Ah, hermanos mios! en el terrible dia en que hemos de dar cuenta de nuestras acciones y pensamientos, se nos ha de juzgar, no solamente por el mal que hayamos hecho, sino ademas por el bien que hayamos dejado de hacer por negligencia.

No me digais ahora, cuando os reprendo esos arrebatos tan indignos de un discípulo de Jesus, que la cólera es mas fuerte que vosotros. Porque, al oir tal disculpa, insistiré preguntandoos: ¿habeis probado alguna vez á emplear vuestros instantes de ocio, en combatir contra vuestro corazon y en dominaros á vosotros mismos? No me digais, cuando censuro esas propensiones vergonzosas, que degradan al hombre, perturban la

razon y la sojuzgan, que la reflexion se vé arrollada por las pasiones; que es imposible conjurar las tempestades del corazon. Yo os replicaré en tal caso: en vez de consumir los dias y las noches en diversiones pueriles ¿cómo no los consagrais á refrenar vuestros deseos, á mortificar vuestros sentidos, á crucificar vuestra carne, á fin de impedirla toda rebelion; á rogar á Dios que proporcione las tentaciones á vuestra flaqueza, y las gracias á los combates que os veis obligados á sostener? No me digais, cuando os prevengo que oreis por vuestros enemigos, que los consoleis en sus aflicciones, y aliviеis sus miserias, que no os es dable practicar tan heróyco esfuerzo de virtud; y que no es poco acepteis el no aborrecerlos. A eso os contestaré: que en lugar de invertir vuestros ratos perdidos en objetos inútiles, debíais empeñaros en triunfar de vuestros resentimientos y animosidades, en dominar vuestros movimientos, en superar la repugnancia que cuesta al corazon amar á aquel que le ha hecho daño; y este sacrificio, que tan duro y penoso os parece, muy pronto le hallareis fácil y hasta agradable.

Aquí, hermanos mios muy amados, observad, si es posible, hasta donde llega vuestra ceguedad é inconsecuencia. Os imputariais como una falta imperdonable el desperdiciar un solo momento, tratándose de un interés miserable, de una sórdida ganancia, de un bien perecedero; y cuando se trata del único interés verdadero, de la ganancia de la eternidad, de un bien que no teme á la polilla, á los gusanos ni á los ladrones, perderiais sin el menor escrúpulo los dias y los años enteros! Si se habla de suplantar á un rival, que cierra la puerta á los

honores y dignidades, de llegar á un puesto brillante, en que podais daros en espectáculo, de acumular tesoros que han de perecer con vosotros, nada olvidais: pasos, solicitaciones, diligencias, intrigas, trabajos, fatigas, nada os repugna ni disgusta, negativas, desaires, ni mortificaciones: la mas leve esperanza basta para reanimaros; y si por ventura conseguis lo que tan ardientemente deseábais, entonces os congratulais diciendo que no habeis perdido vuestro tiempo; que tantas penas, cuidados é inquietudes merecen harto su recompensa, y que no se os ha dado sino lo que mereciais; y á la par, el único negocio importante de la vida, aquel para el cual hemos sido criados, muy lejos de ocupar, segun quiere el Apóstol, cada instante de nuestra existencia, ni aun es atendido en nuestros momentos de descanso: preferimos emplearlos en lecturas tan inútiles para el entendimiento como para el corazon·

En primer lugar; inútiles para el entendimiento. Porque, permitidme que os pregunte; esos escritos fabulosos, esas novelas, cuyos autores no se han propuesto otro objeto que divertir á sus lectores, y que para vosotros tienen tal atractivo y embeleso, que no podeis desprenderos de ellas sin disgusto, ¿de qué utilidad os han sido hasta el dia? *Quem ergo fructum habuistis tunc in illis?* ¿Qué nuevos conocimientos habeis en ellas adquirido? ¿os han conducido á averiguar alguna verdad importante? ¿á descubrir algunos secretos ignorados? ¿Os han hecho mas hábiles? ¿os han enseñado á razonar con exactitud, á distinguir lo verdadero de lo falso, el error de la verdad? *Quem ergo fructum ha-*

buistis tunc in illis? ¿No es cierto, por el contrario, que han debilitado vuestro juicio, impidiéndole que se detenga en los objetos á él sometidos, para percibir sus diferentes propiedades y sus diversas relaciones? ¿no lo es, que os han habituado á pronunciar en tono decisivo y sin conocimiento de causa, sobre lo que no teníais tiempo para apreciar y comprender? ¿á mirar como insípida y fastidiosa la lectura de todas las obras que exijen una atencion concentrada, una aplicacion sostenida, un estudio sério? *Quem ergo fructum habuistis tunc in illis?*(1)

En segundo lugar; inútiles para el corazon. ¿Os habeis hecho mejores por ventura, desde que están en vuestras manos semejantes libros? ¿es vuestra vida mas regular, mas conforme á las máximas del Evangelio? ¿son vuestras pasiones menos vivas y exaltadas? ¿se os vé mas recojidos en nuestros templos, mas fervorosos en vuestros actos de piedad, mas solícitos por confortaros con el pan de los Angeles? ¿teneis menos apego á las distinciones, privilegios y dignidades? ¿mirais con mas indiferencia al mundo, sus pompas y espectáculos, y es menor vuestro empeño por figurar en ellos? ¿soportais con mayor paciencia y resignacion las cruces y adversidades que os depara la Providencia? ¿sois menos sensibles á las murmuraciones y calumnias de vuestros hermanos? ¿mostrais mas celo por la gloria de Dios, por la salud y edificacion de vuestro prójimo? y por fin, vuestra conducta ¿es en general mas digna del bello nombre de Cristianos que llevais, mas arreglada á

(1) Rom. c. 6, v. 21.

la del divino Maestro, á quien debeis proponeros por modelo, cuyas huellas debeis seguir, sino quereis caminar por las tinieblas? Ah! tan lejos estais de haber esperimentado esos felices cambios, de ofrecer esas señales positivas de conversion, y de que vuestras lecturas tiendan á desprenderos del mundo y á aproximaros á Dios que, por el contrario, advierto que su efecto ha sido haceros perder el gusto de las cosas celestiales y alejaros mas y mas de J. C.—Segundo peligro de los libros frívolos: el olvido de Dios.

En el Evangelio se lee que, antes de resucitar á la hija del gefe de la Sinagoga, J. C. exijió que se retirasen los tañedores de instrumentos y la multitud, que perturbaban con sus clamores y gemidos el aposento en que acababa de espirar; y que, acompañado solamente por tres de sus discípulos, entró en la casa, y mandó á la jóven que se levantase. ¿A qué tantas precauciones, pregunta S. Juan Crisóstomo? ¿acaso el que cada dia, en medio de Jerusalen y del pueblo judío, restituia la vista á los ciegos y el oido á los sordos, lanzaba los demonios y curaba todo linage de enfermos, recelaba obrar sus milagros en presencia de testigos? No, prosigue este Padre: el Salvador quiso hacernos entender en esa ocasion, que el alma que se propone sériamente salir del sepulcro y renacer á la gracia, debe buscar el retiro y el silencio, y alejar cuidadosamente de sí cuanto pueda contribuir á turbarla y distraerla. Por consecuencia, los libros frívolos, que agitan y disipan el alma, nos alejan de Dios; y es forzoso que los apartemos de nosotros si aspi-

ramos á renacer al Señor; su lectura nos embarga, nos sumerge en tan profundo sueño, que no nos es dado percibir la voz de J. C. cuando nos grita, como á la hija del príncipe de la Sinagoga: «Levantáos; Yo os lo mando.»

Soleis decirnos, hermanos mios, que á vosotros mismos os asombran, la tibieza que esperimentais durante la oracion, las distracciones que de vosotros se apoderan y que no podeis rechazar; esa indiferencia hácia las cosas santas que no alcanzais á vencer; ese disgusto por el servicio del Señor, que os sigue por todas partes: y de ahi tomais ocasion para acusar al mismo Dios. Levantais la voz al Señor; pero es para hacerle un cargo, como en otro tiempo Cain, porque no acepta vuestros sacrificios y ofrendas; acusais al Cielo de que es de bronce para vosotros, y de que os niega el maná que á tantos otros prodiga; pero ¿no advertís, amados mios, que no es Dios quien os falta? Dios es en todo caso Padre de misericordia, es el consuelo de las almas fervorosas; siempre escucha á los que elevan hácia su trono unas manos puras y un corazon inocente; no desprecia los dones ni las ofrendas de nadie: vosotros, sí, vosotros sois quien falta á Dios. Con el entendimiento henchido de las quimeras que habeis devorado en vuestros libros; atormentados, asaltados por las imágenes vanas que en vosotros han impreso, aparentais dirigir al Señor vuestras súplicas y vuestro incienso; vuestra lengua articula algunas palabras, mas vuestro corazon está mudo; vuestros lábios se abren, es verdad, pero vuestro espíritu se halla en otra parte. Gran Dios! quién lo creyera? en presencia de vuestra misma

Magestad, en estos santos templos, donde no se debe entrar sino temblando, que habeis elegido para morada vuestra y llenais con vuestra inmensidad, el pensamiento permanece absorvido por las insanas lecturas que se acaban de dejar; la imaginacion reproduce con viveza los pasages que han hecho en nosotros mas impresion: ni lo sagrado del lugar, ni el silencio que en él reyna, ni los instrumentos de vuestra Muerte que se elevan sobre el ara, alcanzan á fijar nuestra atencion; y aun en el terrible momento en que el Cielo se abre, en que los Angeles se postran, en que J. C. desciende á la tierra para tratar nuevamente el negocio de nuestra salud, apenas miramos al altar. Buen Dios! ¿será estraño que os negueis á escucharnos, que rechaceis nuestros sacrificios y ofrendas, y que no os ocupeis de nosotros, cuando no pensamos en Vos, y cuando os sacrificamos á unos gustos y entretenimientos de que no tenemos valor para avergonzarnos?

Y ¿cómo no desviarse del Señor, cómo no perder de vista la montaña santa, cuando vuestra conducta es un contínuo olvido de Dios; cuando únicamente os ocupan y aficionan los objetos que hieren vuestros sentidos; cuando vuestras lecturas no os recuerdan sino especies capaces de estraviar la imaginacion; cuando las frivolidades en que abundan vuestros libros, una vez comunicadas al entendimiento, le impiden pararse en las cosas sérias, y le hacen fatigarse de todo lo que exije alguna atencion? Acostumbrado á un alimento ligero, no puede sufrir los manjares sólidos; hasta en los deberes religiosos aspira al entretenimiento y á la disipacion, y solo

encuentra placer en esa sucesion de objetos que alternativamente se le ofrecen, sin fijarle ni por un momento.

La prueba de que vuestros libros frívolos, haciéndoos perder un tiempo precioso, os conducen insensiblemente al olvido de Dios, está en que antes de que ellos constituyesen vuestra diversion favorita, vuestro entretenimiento habitual, gustábais de la oracion, de la mortificacion y del ayuno: llenábais con puntualidad y con celo todos los deberes del verdadero cristiano; pero despues, el yugo del Señor os ha parecido muy gravoso, hallais su ley demasiado severa y sus mandamientos desproporcionados á la humana fragilidad: habeis tachado el Evangelio de rigoroso y hasta de cruel: y no habeis vuelto á abrir aquellos libros, donde os complacíais en meditar los preceptos de Dios, en proveeros de consuelos y remedios para vuestro corazon, y de estímulos en las vias de la piedad.

Sin embargo, ó Dios mio! qué diferencia entre los libros inspirados por vuestro Espíritu Santo, y los libros de los hombres! ¡y cuán insensatos nosotros, que preferimos unas aguas fétidas y corrompidas, á aquellas vivas y cristalinas aguas! Ah! esclama S. Agustin: (1) ¿escitan acaso los libros de los hombres, los sentimientos de piedad, las dulces lágrimas, que escitan vuestras divinas Escrituras? En ellos no se habla del sacrificio de un corazon contrito y humillado, ni de vuestras misericordias hácia vuestro pueblo, ni de la ciudad santa, vuestra esposa, ni de los dones de vuestro Espíritu, ni del cáliz, precio de

(1) Confess. lib. 7.

alianza, objeto de respeto profundo hasta para los paganos. Allí es, Dios mio! donde frecuentemente una inexperta juventud concurre á estudiar el crímen y á descubrir secretos que acaso ignoraba, y cuyo conocimiento la ha de arrastrar de cierto á su ruina. Sin duda los efectos de semejantes libros no se hacen sentir instantáneamente; pero por esa misma circunstancia son mas terribles· un veneno lento se difunde por las venas, corroe insensiblemente las entrañas, y acaba por devorarlas de todo punto; es un fuego que se encubre bajo la ceniza, y que llega con el tiempo á convertirse en un vasto incendio, incendio furioso que no hay elementos para atajar. El que tiene principios de Religion, el que ha recibido una educacion cristiana, natural es que respete la opinion, y que no se atreva á chocar con ella de frente; que le impongan los juicios del mundo, y se avergüence por el pronto de hacer gala de su deshonra; mas ¿qué sirven esas débiles barreras, esas murallas de lodo, contra la ley imperiosa de los miembros? A fuerza de fijar vuestras miradas en imágenes obscenas, el corazon acaba por corromperse, el pudor deja de combatir y hasta de alarmarse. Envalentonados por las infames máximas de vuestros libros, sacudís el yugo; os abandonais al imperio de los sentidos: nada os detiene; no reconoceis otro freno que un instinto brutal, otra regla que vuestros deseos, ni otra ocupacion que satisfacer vuestras pasiones. ¿Qué se ha hecho el hombre entonces, buen Dios! abandonado á todo el furor de sus apetitos, á todos los desórdenes de su imaginacion? Manchada está, Señor, y hasta lo sumo degradada, esa alma que

criásteis á vuestra imágen, y que mirábais como un altar; el hombre ha sumergido en el cieno la divina antorcha que le habíais concedido para iluminarle; y sobre su cabeza acumula carbones abrasados que le han de devorar en la otra vida.

Declamad luego contra los vicios y escándalos del siglo; quejáos de que no hay costumbres, de que cada dia las vemos relajarse y corromperse mas y mas; de que el matrimonio no es, cual en otro tiempo, una barrera sagrada que se respetaba, y que hoy no se tiene el menor reparo en atropellar: encareced las costumbres tan suaves y puras de las pasadas edades, en que el pudor era el mas hermoso atavío de las doncellas cristianas; en que la muger, ocupada de las faenas domésticas, únicamente pensaba en agradar á su marido, asi como este en hacer feliz á la compañera que el Cielo le habia dado; en que la fidelidad conyugal se hallaba en honor entre los hombres: deplorad tamaños males, mientras cada dia cuidais vosotros mismos de justificar vuestras lamentaciones, leyendo esos libros, que enseñan el arte de corromper á la inocencia, de tender lazos á la virtud y de triunfar del pudor; mientras no os avergonzais de prostituir los instantes mas preciosos de vuestra vida con el estudio de unas obras, que con razon comparaba S. Agustin á las bellotas que sirven de alimento á los puercos; mientras, no contentos con obrar la iniquidad vosotros solos, las abandonais tal vez en manos de vuestros sirvientes ó de vuestros hijos, arrastrándolos asi con vosotros al abismo, y haciéndoos á un mismo tiempo culpables de vuestra muerte y de la suya.

Bien sé que no os faltan pretestos para justificar ese género de lecturas. A vuestro decir, frívolos ó sérios, lascivos ú honestos, todos los libros son buenos y os parecen iguales: tan indiferentes sois respecto de los unos como de los otros; todos los leeis con la misma insensibilidad.

En primer lugar; nada menos especioso que esa pretendida indiferencia que no cesais de alegarnos. ¿De dónde viene, sinó, la preferencia que dais á los escritos licenciosos? ¿cómo es que no los dejais de la mano? ¿cuál otro motivo que el contentamiento de los sentidos, cuál otro que el del deleyte, os arrastra incesantemente á los mismos libros? En la vida civil, no podeis frecuentar la compañía de una persona, sin que desde luego se deduzca que la teneis cariño, que os agrada su conversacion, que merece toda vuestra confianza, que en su sociedad encontrais una agradable distraccion en medio de vuestras penas y disgustos; y que tal vez un interés menos plausible os escita á su trato habitual; como la esperanza de un destino á que aspirais, de una fortuna á que se encamina vuestra ambicion, y que creeis poder alcanzar con su apoyo. Si esta persona lleva una vida desarreglada, si son disolutas sus costumbres, si su conducta es no mas que equívoca, no se vacila en dar por seguro y en publicar, que debeis de tener con ella grande semejanza; que no la buscaríais con tanto empeño, que no os acompañaríais de ella con tal constancia, si vuestro modo de pensar fuese diferente, si vuestros gustos é inclinaciones discordasen, sinó existiese entre vosotros una perfecta conformidad de carácter, de humor y de pasiones. Tal es

el juicio que el mundo forma de vosotros, tal el que vosotros formais de los demás; y por desgracia, amados oyentes, los hechos acreditan demasiado á cada uno, que ni el mundo ni vosotros os engañais. Y siendo ello asi, ¿no tenemos ahora razon para juzgaros por vuestras propias reglas, para condenaros por vuestras máximas, para sospechar en punto á la pureza de vuestras costumbres, cuando á todas horas os vemos entregados á la lectura de libros, en que de un modo tan atroz son ultrajadas las costumbres; en punto á la inocencia de vuestro corazon, cuando os oimos repetir esas canciones tan á propósito para ofender los oidos castos; y en punto á la honestidad de vuestra vida, cuando os vemos recitar esos versos apasionados, que son el lenguage usual de los hombres corrompidos?

En segundo lugar; aunque yo os concediese esa insensibilidad cuyo ningun fundamento conoceis; tal circunstancia no probaria que pudiéseis arrostrar serenos los peligros de los malos libros y exponeros á ellos sin recelo alguno; probaria, antes bien, que al emprender semejantes lecturas, estábais ya corrompidos y depravados. Eso es acaso en vosotros efecto del largo uso de los placeres, que enervan los sentidos y los estragan: á fuerza de acostumbrarse á los licores espirituosos, el paladar llega á hacerse insensible; y se han visto personas, para las cuales los venenos mas sutíles carecian de toda eficacia y energía. Asi que vuestra insensibilidad, lejos de justificaros, os condena poderosamente.

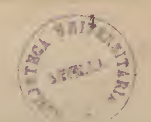
Pero afirmo que ese pretesto es tan quimérico como

frívolo. Escuchad lo que dice la Escritura: «El hombre ¿puéde guardar el fuego en su seno, sin que sus vestidos se consuman; ni caminar sobre carbones encendidos, sin quemarse las plantas de los pies? *¿Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta illius non ardeant? aut ambulare super prunas, ut non comburantur plantæ ejus?* (1) Y vosotros, ¿pretenderiais, hermanos mios, leer unos libros, en que la felicidad de los sentidos se presenta como la suprema felicidad, y en que las groseras pasiones que degradan al hombre, hasta nivelarle con las bestias, pasan por necesidades naturales, que es legítimo satisfacer, sin que vuestra imaginacion se acalore y se abrase? *¿Numquid potest homo abscondere, ut vestimenta illius non ardeant?* Pretenderiais leer historias escandalosas, en que se ponen en juego todas las astucias del libertinage, todos los artificios de la disolucion, todos los espedientes del crimen; en que el amor, esa pasion, que es el tormento de todos aquellos á quienes subyuga, se vé pintada con coloridos capaces de seducir hasta la razon de la edad madura y de la vejez; en que infames criaturas, devoradas por el fuego de la impureza, se proponen abrasar en él á las demás, representando á las que son objeto de su insensato culto, como seres dotados de las mas bellas cualidades, como modelos de todas las virtudes cristianas, y justifican sus pasiones vergonzosas, ora calificándolas de debilidades, ora atribuyéndolas á su temperamento, y tal vez llevan su estravio al estremo de asociar al cielo

(1) Proverb., cap. 6, v, 27, 28.

á su propia deshonra y de hacerle culpable de su torpeza; sin que vuestro corazon sea abrasado por los deseos, sin que los encendidos carbones del deleite os quemen y consuman? *Aut ambulare super prunas, ut non comburantur plantæ ejus?* ¿Quiénes sois vosotros, para creeros mas fuertes que los Davides y Salomones? Y ¿cómo habeis adquirido ese precioso dón de insensibilidad, que Dios niega aun á sus escogidos?

Los Pablos, los Gerónimos, los Hilariones, lejos de los peligros del mundo y de las pasiones, solos en medio de los desiertos y hórridas cavernas, reducidos á alimentarse de yerbas y zarzas, que pasaban los dias atormentando sus cuerpos y las noches regando con lágrimas las piedras en que apoyaban la cabeza, sentian, sin embargo, los movimientos de la carne y los estímulos del hombre viejo; y vosotros, mis amados oyentes, en medio de un mundo corruptor, rodeados por todas partes de lazos y de escollos, espuestos á la seduccion y á las tentaciones: vosotros que, lejos de huir de la ocasion, la salís al encuentro y la buscais; que, en vez de crucificar vuestro cuerpo, solo vivís para agradarle y prevenir sus voluntades, deseos y caprichos: vosotros, que no contais en vuestra vida un solo momento que no se haya pasado en juegos, diversiones y disipacion: vosotros, á quienes la oracion fastidia y cansa la meditacion, y que, tratándose del servicio de Dios, solo mostrais disgusto y desaliento; ¿querríais inducirnos á creer, que lo que hubiera bastado para que cayesen unas Ineses, unas Lucias y unos Antonios, apenas es eficáz, no ya para haceros vacilar, mas ni aun para escitar en vo-



sotros el mas ligero movimiento, el menor deseo carnal, la mas leve rebelion de los sentidos? ¿Sois acaso de un barro diferente del de vuestros semejantes; no sois hijos de Adan; no estais, cual vuestro padre, condenados á la concupiscencia y á la muerte?

Por último, si tal insensibilidad fuese positiva como suponeis, ¿cuál es la causa de esos movimientos y combates, de esa interior perturbacion, de esas emociones que manifestais, que vuestro rostro no puede encubrir, y que experimentais despues de leer libros lascivos? ¿de esos sentimientos de lástima é interés, de las lágrimas que derramais por héroes quiméricos, por personages de teatro, al paso que las negais á las desgracias reales de vuestros hermanos? ¿de esa escrupulosa atencion y sumo cuidado que empleais á fin de ocultarlas á los ojos de aquellos de quienes dependeis, y cuya estimacion ó favores ambicionais? En tanto temeis que os sorprendan con semejantes libros en la mano, en cuanto por ello os espondríais á perder su confianza ó amistad: porque no podríais alegar para justificaros, vuestra insensibilidad é indiferencia; bien sabeis que en esta parte no se os creería. ¡Con que teneis miedo á las miradas y juicios de los hombres; mas no asi á las miradas y juicios de vuestro Padre celestial! no os creeis capaces de engañar á los hombres; pero sí de engañar á Dios, viniendo á nuestros tribunales á regatear vuestra absolucion á costa de astucias y mentiras! Ah! si tal vez habeis conseguido sorprender á vuestro confesor, no por eso conteis con sorprender á aquel *que sondea los riñones y las concien-*

cias: vengado se halla ya con dejaros vivir tranquilos y en paz, en medio de vuestros desórdenes; y bien pronto llegará á permitir, que los desarreglos, fruto de vuestras perniciosas lecturas, que al principio no eran en vosotros sino obra del arrebato de las pasiones, degeneren en una horrible filosofía, que os conduzca á perder la Fé: último peligro de las lecturas que nos están ocupando. Un momento mas de atencion; no abusaré de ella.

En efecto, Hermanos mios; la incredulidad está en el desarreglo de las costumbres. Si el impío pronuncia en su corazon: *no hay Dios*; si, como dice la Sabiduría, «se aleja de mí y desprecia mis oráculos;» es porque sus costumbres son desarregladas, porque obedece ciegamente á sus inclinaciones y apetitos carnales; es porque no reconoce ni sigue otra ley que la ley de los miembros. Mientras ese hombre se ha dirigido por las vias de la sabiduría y de la virtud, mientras ha vivido en castidad y templanza, evitando cuanto pudiera ofender el pudor, jamás se negaba á creer las verdades del Evangelio: la duda no penetraba en su alma ni por instantes; su mas ligero asomo le hubiera parecido criminal. Y ¿quién hubiera podido, en tal situacion, obligarle á rechazar verdades que le persuadía su propio interés, que eran su esperanza para la vida futura y sobre la tierra su consuelo, y que endulzaban sus penas é inquietudes? Mas luego que el corazon del impío ha llegado á corromperse, luego que ha manchado los caminos del Señor, ha empezado á cerrar los ojos á la luz de la Fé, porque ella le descubría los tenebrosos errores de su alma; ha rechazado el Evangelio, porque en cada una de aquellas

divinas páginas leia la condenacion de sus desarreglos, porque el Evangelio anatematiza á los hombres lascivos é impuros; y ha negado la vida futura, porque en ella encontraba castigos preparados para sus crímenes. Desde entonces, el paraiso le ha parecido no mas que una quimera; porque, sumergido en el fango de los deleytes terrenales, no concebia placeres que superasen á sus placeres monstruosos; el infierno, no mas que una fantasma, porque sus miembros, que hacia servir al pecado, debian de ser allí devorados por fuego que encendiera la mano del Eterno; y el mismo Dios, no mas que un vano espantajo, porque Dios paciente, por ser Eterno, vengaría con inmortales suplicios sus misericordias y dones profanados. Asi ha venido á desconocer unas verdades que serian su alegria y el lenitivo de sus males, para abandonarse con mayor audacia á sus vergonzosos estravíos, y descender sin remordimientos hasta lo mas repugnante del crimen.

Gran Dios! Vos, que habeis sido testigo de los desórdenes y desarreglos de este cristiano, sabeis tambien de cuando data su conducta escandalosa. Su corazon era recto, viva su fé y su piedad ejemplar: ha sido el honor de vuestra casa y la edificacion de Israel. Qué fervor en sus oraciones! qué gusto por las cosas del Cielo! qué indiferencia, qué desprecio hácia el mundo! qué ardiente amor á Dios y al prójimo! Y ¿cómo se ha empañado ese oro tan brillante? ¿cómo se ha convertido el vaso que trabajásteis, en un vaso de barro? Uno solo entre esos libros corruptores, ha sido suficiente para producir semejante cambio: sus ojos y sus oidos se han abierto á la

vez al lenguage del deleyte; abandonado há los caminos del Señor, para darse á todo el furor de las pasiones; corrompido su corazon, no ha vuelto á escuchar la voz de sus parientes, los avisos de sus maestros, los consejos de los hombres sanos, las censuras y conminaciones de los ángeles de la Iglesia; y, lejos de abrirle los ojos, Dios mio! no habeis cesado de esparcir sombras y tinieblas sobre ese espíritu criminal: *Spargens pœnales cœcitates super illicitas cupiditates*; sus ojos se han oscurecido, y ha acabado por echaros de sí, como una carga insoportable.

Remontaos de este modo, amados oyentes, hasta el origen de la incredulidad en cuanto á la mayoría de nuestros espíritus *fuertes*; y le encontrareis, no en una razon superior á la del comun de los hombres, en una inteligencia estraordinaria, en un juicio mas ilustrado que el del vulgo; sinó en la corrupcion de sus corazones. Antes de abrazar el horroroso partido de sacudirse de nuestros dogmas y misterios, de emanciparse del yugo de la Fé y de prescindir completamente de Dios, ¿se han instruido á lo menos en las vias de la iniquidad? ¿hán pasado los dias y las noches meditando nuestros libros santos, para argüirlos de mentira y falsificar la divina palabra? ¿han adquirido, á costa de un trabajo ímprobo, de sábias y reiteradas investigaciones, y de un exámen profundo y reflexivo, el derecho de ser difíciles en materia de creencia, y de acusarnos de ignorancia y mala fé? Nada han leido, estudiado ni profundizado; su propia corrupcion ha suplido la falta de pruebas y de raciocinio; y si reniegan

de Dios y del Evangelio, es porque temen encontrar en ellos unos testigos importunos, que vengan á turbarlos en el regazo del placer, á despertarlos del su ño en que yacen sepultados; sueño ¡ay! del cual solo los librará la muerte!

Tales son, mis amados hermanos, los funestos efectos de los libros lascivos. No solo nos depravan y corrompen, sino tambien pervierten el alma y nos conducen á la incredulidad: esto es, destruyen la caridad, tan agradable á los ojos de Dios, y que aun en la tierra halla la recompensa en el aprecio y admiracion de los hombres; y la Fé, sin la cual, en frase del Apóstol, es imposible agradar á Dios y salvarse. Huid, pues, de esos instrumentos de pecado y de muerte: son la copa envenenada de la prostituta del Apocalipsis, cuyo vino produciría en nosotros una desastrosa embriaguez; la miel de Jonatás, que os dará la muerte si la aplicais á vuestros lábios. Huid tambien de los libros que, sin haceros perder la vida de la gracia, os preparan para el olvido de Dios, y os roban un tiempo precioso, que podríais emplear en el estudio de la ley y mandamientos del Señor, y en allegar tesoros de misericordia y de buenas obras para la eternidad.

ASI SEA.

FRAGMENTO

de un sermon pronunciado en el hospicio de Paris llamado Les Quinze-Vingts (1) *en presencia de la Sra. Duquesa de Orleans.*

Gran Dios! hoy es cuando, haciendo que vuestro Hijo nazca de sangre Real, nos enseñais que no repeleis á los grandes y poderosos; porque Vos tambien sois grande!

Derramad pues la abundancia de vuestras gracias sobre la religiosa princesa que aqui veis postrada á los pies de vuestros altares, y que habeis reservado para un siglo en que la virtud necesita mas que nunca de altos ejemplos.

Conservad á vuestro pueblo por dilatados años un modelo que, en medio de la corrupcion de nuestras costumbres, todavia hace honor á la piedad, y presta nueva fuerza á las santas verdades que poneis en nuestros lábios.

Haced que se transmitan á sus augustos hijos las virtudes que tanto respeto nos imponen.

Santificad al ilustre príncipe con quien la liga un vínculo sagrado. Recompensad con las riquezas de vuestra misericordia, las atenciones y cuidados infatigables que incesantemente consagra al alivio de los pueblos, á la paz de la Iglesia y á la prosperidad de la Monarquía.

Que las oraciones que por él os dirijimos hoy, hallen ¡gran Dios! cerca de vuestro trono, una acogida igual á

(1) Fundado por S. Luis para ciegos.

la que todos los dias encuentran las súplicas de los pueblos en tan humano y benéfico Príncipe.

Prodigad en su obsequio los tesoros de la gracia, así como le habeis prodigado los talentos y tesoros de la naturaleza.

Hacedle tan santo como es grande; tan digno de vuestros beneficios, como es digno de nuestros corazones; ¡tan inmortal en el libro de la vida, como lo há de ser en nuestras historias!

Que el que es un príncipe segun el corazon de los hombres, sea un príncipe segun vuestro corazon!

Prolongad los dias de la augusta princesa á la cual debe el ser.

Conservad á los pueblos su protectora; á la córte la que es su ornamento; á todos una señora mas sensible á nuestro amor que á nuestros homenages.

Y, si los votos de un pecador y de un ministro indigno merecieren ser escuchados, aceptad ¡gran Dios! estos votos ardientes de mi corazon; sin que las secretas manchas que en él percibís, mengüen en lo mas mínimo la eficacia y el mérito de mis súplicas. (1)

(1) Este precioso fragmento se conserva en la biblioteca Real de Paris, en dos hojas, de letra de MASSILLON.

SEGUNDA PARTE.

CARTAS.

ADVERTENCIA.

Las tres bibliotecas del Oratorio, de Paris, las de Nantes y de otras casas de la Congregacion, y los gabinetes de muchos obispos, académicos, sábios, personages distinguidos, compañeros y amigos que siguieron correspondencia con Massillon, conservan cuidadosamente muchas de sus *cartas*. Las que dirijia á la córte, solicitando socorros para los pobres de su diócesis y la disminucion de los impuestos, eran dictadas por la elocuencia del sentimiento; de ese modo consiguió todas las gracias que pedia para su pueblo. Entre otras, escribió al cardenal de Fleury una carta llena de energía sobre la injusticia de la guerra de 1741, y con este motivo compuso tambien una pastoral, que remitió al mismo ministro; pero no hemos podido descubrir hasta aquí, sino la comunicacion que dirigió á S. Em. á fin de que se minorasen las contribuciones en la provincia de Avernia. La insertaremos despues de las otras seis que la preceden por órden cronológico.

Sus *cartas de piedad* para la direccion espiritual de las personas que le consultaban, ansiosas de seguir el plan de conducta que las prescribiese, despues de convertidas por sus discursos, debian de encerrar instrucciones las mas preciosas y los mas sábios consejos. Las de amistad íntima y de confianza, no podian dejar de ser la espresion de su ameno talento, de su cárácter jovial y amable, de la urbanidad afectuosa y esquisita cortesanía, que le ganaban todos los corazones. ¡Cuanto desearamos, que se

pudiese formar de toda ellas una coleccion, que seguramente seria tan considerable como interesante!

El lector juzgará sobre la importancia de las cartas de MASSILLON, por el corto número de ellas que han llegado á nosotros con pruebas evidentes de autenticidad, y que nos apresuramos á ofrecerle.

CARTA 1.ª

AL R. P. ABEL DE SANTA MARTA, General del Oratorio.

17 *de Agosto de* 1689.

Considero que solo estoy en la congregacion para serla útil; y, como mi talento y mis inclinaciones me alejan del Púlpito, he creido que me convendria mas una filosofia ó una teologia.

(P. *Bougerel*, *Memorias* para servir de materiales *para la historia de muchos hombres ilustres de Provenza.*—Paris, 1752.

CARTA 2.ª

Al P. MERCIER, Franciscano de Reims.

19 *de Noviembre de* 1724.

Me felicitais, querido Padre mio, por la última acta de la conferencia de Riom, como si fuese un reglamento nuevo en mi diócesis. Es tan antiguo como mi episcopado; en el primer sínodo que celebré al comenzar mi administracion espiritual, renové el decreto de mi antecesor sobre la aceptacion de la bula *Unigenitus*, y sobre la prohibicion de leer el libro de las *Reflexiones morales*.

Si he dispuesto que se recordase esta prohibicion en la última conferencia de Riom, ha sido por haberme avisado uno de mis vicarios generales, que todavia se hallaban personas que no tenian escrúpulo en leer ese libro, condenado por la Iglesia.

Me pedis una copia del acta, para enviarla, decís, á la corte, y hacerla circular por todas partes, segun os lo dictáre vuestro celo; y no he podido menos de reirme de esa exigencia. Os

diré, que no necesito que se me elogie y pondere; y que, por lo mismo, quiero teneros por amigo, mas no por procurador. Es injuriar á un obispo, creer que se le alaba publicando que mantiene la integridad de un depósito en su Iglesia. Nos toca dar este testimonio de los demás; pero no recibirle de ellos. Por otro lado, seria una miserable ostentacion, publicar en diócesis estrañas actos domésticos, que me viese obligado á practicar para el buen órden de la mia. Un obispo debe considerarse mas obligado á hacer su deber, que á hacer ruido; á no ser que la Iglesia ó sus talentos le llamen á combatir el error en escritos públicos.

Bien veis que mi diócesis, que encontré muy perturbada al hacerme cargo de ella, es en la actualidad la mas pacifica del Reino. No tanto atribuyo esto á mis cuidados, cuanto á una proteccion particular de Dios hácia tan grande Iglesia, gobernada por muchos santos obispos, de quienes soy indigno sucesor.

He hecho salir de su territorio á todos los *reapelantes*; y el corto número de *apelantes* que en él há quedado, vino á someterse á mi autoridad, manifestándome su disposicion á hacer cuanto exijiese. Todas las disputas han cesado, en términos, que no se habla mas de los errores condenados, que de los de Nestorio y de Eutiques.

Si habeis hallado algunos seglares que entrasen en controversia con vos, es porque, absolutamente dado á esas cuestiones, un celo en su orígen seguramente laudable, os persuade de que debeis ocuparos de ellas con todos; y no es de estrañar se hallasen legos que, por espíritu de contradiccion ó por una chanza de mal género, hayan afectado haceros en ellas la oposicion. Preciso es enseñarles sus deberes, y no acostumbrarlos á disputas sobre materias superiores á su comprension.

Una de las grandes heridas que el Jansenismo ha causado á la Iglesia, es, en mi concepto, haber puesto en boca de las mugeres y de simples legos, los misterios mas elevados é incomprensibles, haciéndolos objeto de conversaciones y debates contínuos. Esto es lo que ha propagado la irreligion: porque, respec-

to de los legos, hay poca distancia de la disputa á la duda y de esta á la incredulidad.

Ayudadme, querido Padre mio, á sostener la prudente tranquilidad que reina en mi diócesis. Reservàos para instruir á la Iglesia en vuestras obras, que aguardamos impacientes; y entretanto, que no participen de vuestras luces sino aquellos que son capaces de entenderos y de aprovecharse de ellas.

(Copiada por Mr. de *Créqui*, del original existente en la biblioteca del Oratorio, calle de S. Honorato.)

CARTA 3.ª

Al P. Mauro, del Oratorio, Predicador del Rey, que habia nacido en Provenza el mismo año que Massillon, y entrado en la Congregacion por la misma época que él. 1727.

Todos los dias nos vamos aproximando mas y mas á la eternidad. Vuestra suerte es infinitamente preferible á la mia: podeis comparecer ante Dios con una santa confianza. Le presentareis cruces, aflicciones, enfermedades; al paso que yo solo podré ofrecerle títulos vanos, dignidades etc. Me recomiendo á vuestras santas oraciones.

(P. Bougerel, Memorias....)

CARTA 4.ª

Á Monseñor Soanen, obispo de Senez.

19 *de Enero de* 1728.

Es verdad, Monseñor que, habiendo sabido, seis ó siete meses ha, que os hallábais indispuesto en Chaise-Dieu, tuve el honor de ofreceros el palacio de Baurégard, para que viniéseis á tomar ayres, persuadido como todavia lo estaba de que la Corte no os habia de negar, ni de negarme á mi, ese consuelo.

El estremado rigor de la estacion me hace concebir las mismas inquietudes por vuestro estado: y con la mayor sinceridad de cora-

zon, os ofrezco todo lo que de mí dependa para procurar cualquier lenitivo á vuestro padecer.

Es triste sufrir, Monseñor; y sobre todo, sufrir en vano. El placer que hallais en medio de vuestras penas, no justifica su motivo: bien sabeis que el error ha tenido siempre sus mártires, como los ha tenido la verdad. Cuanto mas cerca veais vuestro termino, tanto mas debeis examinar, si estais ó no alucinado; si es posible que la Iglesia haya canonizado el error, y que Vos solamente, con un pequeño número de parciales, seais el defensor de la verdad. Sufrís, á lo que manifestais, por impedir que el Molinismo llegue á ser la doctrina de la Iglesia, y que el clero se aparte de *nuestras libertades* y de *nuestras máximas.* Pero la Iglesia ¿podrá en tiempo alguno erigir en dogma una doctrina falsa ó dudosa? ¿podrán *prevalecer contra ella las puertas del infierno?*

He tenido el honor de conferenciar con la mayor parte de los obispos de Francia sobre estas materias; pero no he hallado uno solo, que no estuviese decidido á padecer mas de lo que vos padeceis, antes que abandonar la *antigua doctrina* y *nuestras libertades.* Pretendeis que se las ataca condenando la apelacion intentada de la bula *Unigenitus*; pero la Iglesia ha reprobado siempre tales recursos interpuestos sobre materias decididas. Conservamos pues nuestras apelaciones; pero condenamos el uso que de ellas haceis.

Afligís á la Iglesia con vuestra injusta separacion. Calumniais á vuestros hermanos; nos mirais á todos como desertores de la verdad, como obispos vendidos á la Corte, y dispuestos á sacrificarlo todo por una miserable fortuna: tal es á lo menos el lenguage de vuestros partidarios.

Soy seguramente el mas frágil é imperfecto de mis hermanos; pero, en presencia de Dios os lo declaro, el amor de la Iglesia y su doctrina, es lo único que me tiene adherido al Papa y á mis hermanos: creería estar fuera de la Iglesia si de ellos me separára; y antes perderia mil vidas, que romper los sagrados vínculos que forman toda mi seguridad y mi consuelo.

Todos los dias pido á Dios, Monseñor, que os inspire iguales

disposiciones. Despojémonos de todas las complacencias inseparables de la singularidad; miremos como un lazo que nos tiende el orgullo, ese deseo que frecuentemente se oculta á nosotros mismos, de darnos en espectáculo. Es cosa terrible hallarse uno solo por una parte, y tener contra si cuanto lleva un nombre autorizado en la Iglesia: tal soledad, lejos de lisongear el amor propio, debe alarmar á la fé. Para conservarse tranquilo en semejante estado, es forzoso poder llegar á persuadirse de que, hallándose solo, es uno mas ilustrado ó mas sincero que todo el universo junto; y, como el Fariseo, imaginarse no ser como el resto de los hombres.

Recibid, Monseñor, estas efu iones de mi corazon con la misma sencillez con que le deposito en el vuestro. Ellas no son, en efecto, sino una consecuencia de la tierna y respetuosa adhesion con que soy, Monseñor, en el año presente y en cuantos vengan, vuestro etc.

(Copiada por M. de *Créqui*, *ib.*)

CARTA 5.ª

Al mismo.

14 de Febrero del mismo año.

Recelo, Monseñor, que en mi última carta se me haya escapado alguna espresion que pudiese desagradaros. Seria efecto de ligereza ó inadvertencia; mas de ningun modo, de mala voluntad. Os protesto que no me hubiera permitido hablaros de esas tristes discusiones, á no haberme Vos dado lugar á ello con vuestra carta. Dios me es testigo de que, lejos de proponerme acrecentar vuestras penas con un nuevo dolor, desearia poder compartirlas con Vos, para aliviaros, no para participar del motivo que os las hace sufrir.

Si conociéseis, Monseñor, el respeto que me infunden, vuestra edad, vuestras virtudes episcopales y vuestros talentos; desde luego comprenderiais, que cuanto tengo el honor de escribiros, es efecto del sentimiento profundo que me causa el ver volverse con-

tra la Iglesia todos los dones que del Cielo habeis recibido para serla útil y edificarla.

Para desconfiar de la bondad de vuestra causa, me bastaria leer los odiosos escritos que vuestros apologistas hacen circular diariamente. No doy importancia á las invectivas y sátiras en que abundan, contra el Papa y contra cuanto hay digno de respeto en la Iglesia; este ha sido en todo tiempo, bien lo sabeis, el estilo del cisma y del error. Mas en aquellos se trastornan todos los principios; ya no hay decisiones, ya no hay Iglesia, sin que el Concilio esté reunido. La voz unánime del Papa y de todos los obispos á la vez, no es mas que un sonido vano: J. C. no está ya con nosotros; hay que volver á Trento para encontrarle. Entretanto, todo particular puede emitir dogmas, y ninguna autoridad tiene derecho para imponerle silencio. Aun cuando para condenarle se hallase de acuerdo todo el cuerpo de pastores, no estaría allí la Iglesia, que no existe hasta la congregacion del Concilio, y el anatema caería sobre ellos.

Acabo de leer un libro titulado: *Jesu-Cristo bajo el anatema.* Su autor decide terminantemente que, asi como la sinagoga prevaricó condenando á J. C., asi la Iglesia ha prevaricado condenando al P. Quesnel; que la Iglesia ahora, cual entonces la sinagoga, se encuentra en la defeccion general predicha en el Evangelio; que los fariseos y saduceos son todavia entre nosotros los maestros de la doctrina: es decir, los Jesuitas, denotados por los primeros, que solo tienen una corteza de religion; y los obispos, señalados por los saduceos, que no tienen ninguna.

Estas blasfemias, amado Señor mio, ¿no horrorizan á vuestra piedad? Tamaños escesos ¿podrian tener lugar defendiendo una buena causa? ó mas bien, cuando es fuerza llegar á tal estremo para sustentarla, ¿no señala esto mismo un carácter de reprobacion? ¿Quién puede hallarse seguro al abrigo de semejantes impiedades?

No permitais que sean seducidos vuestro celo y vuestra buena fé por los encomios de los que os aplauden: por esos espíritus facciosos y arrebatados, á los cuales debiérais conocer á fondo. Si quisieran en realidad sostener un dogma, muy pronto estaríamos

de acuerdo; pero todo lo llevan al estremo; y eso no lo consentirá jamás la sabiduría de la Iglesia.

Los Jesuitas tienen sus opiniones, que la Iglesia tolera; pero ¿creeis que la mayoría de los obispos piense y enseñe como ellos? Puedo, antes bien, atestiguaros lo contrario. En vez de uniros á nosotros, para ayudarnos á sostener la misma doctrina y la sana moral, nos debilitais separándoos de nosotros; dais nuevas armas al Molinismo; contribuís con sus sectarios á persuadir al mundo, que no se puede atacar su doctrina sin caer en los escesos opuestos; y solo vuestra conducta seria capaz de hacerla prevalecer sobre la verdod.

Unios, pues, á nosotros, Monseñor; vuestro celo y vuestras luces nos prestarán un grande auxilio Venid á defender con nosotros la verdad; pero con las armas de la Iglesia, en su seno, bajo su enseña, y con vuestros hermanos, que os aman, y que darian su vida por arrancaros del campo enemigo, al cual no perteneceis.

¿Podeis figuraros tal vez, que no estaríais seguro, unido á la Madre Iglesia de Roma y á todo el episcopado, y que nada teneis que temer estando solo? Lo mismo digo de todos vuestros parciales: solos estais, comparados con el resto de la Iglesia. En su seno os educásteis, en su seno habeis envejecido; y ¿no há de seros doloroso, al fin de vuestra carrera, verla armada contra vos, y morir en su ódio y desgracia? Fiaos en ella por lo que hace á los intereses de la verdad, que imagináis estar sosteniendo. Depositad en ella vuestras penas; no como autoridad que presume darla leyes, sino como un hijo, que desea escuchar sus instrucciones. No espereis á que la Iglesia se encuentre reunida, para darla pruebas de vuestra docilidad. Vuestra edad es muy avanzada, para que podais prometeros verla jamás así. Consagrad vuestra vida á la Iglesia cual existe, á esta Iglesia, que es una y siempre la misma, ora se halle reunida, ora esté dispersa. Con ello llenareis de alegría á los Angeles del Cielo: y tal vez vuestro ejemplo sea el remedio preparado por J. C. para los males de la Iglesia.

¡Qué consuelo para vos, Monseñor. morir en su ósculo de paz! ¡Qué gozo para mi, ver que ha arrivado al puerto un hermano

querido, á quien la tempestad habia espuesto á un triste naufragio! Sobre ese punto no escucheis sino los sentimientos de vuestra piedad; cerrad vuestro oido á las sugestiones estrañas. Ellas parten de hombres criados en el desórden, ó en el amor de la disension en que abundan.

Creo que he de lograr el consuelo de pasar á saludaros á Chaise-Dieu durante el próximo verano. Como este viage no tendrá por objeto verificar una visita episcopal, no podrá de manera alguna servir de precedente que perjudique á la pretendida exencion de dicha abadia. Allí encontraré á un antiguo compañero, que me hacen sumamente apreciable tantos vínculos de educacion y de carácter. ¡Qué satisfaccion para mi poder *os ad os loqui*; y manifestaros el respeto y afecto especial con que soy etc

P. S. Bien alcanzais, amado Señor mio, que mis cartas son para Vos solamente. Me quitaríais el consuelo de tener jamás la menor correspondencia con Vos, si creyese que podian pasar á otras manos.

(Copiada por Mr. *Créqui*, *ib.*)

CARTA 6.ª

A Monseñor De Tourouvre, obispo de Rodez.
28 *de Febrero del mismo año.*

Verdad es, querido Señor mio, que no hubiera asentido al paso que creisteis deber dar, ni aprobado que se diese de semejante modo. No hubieran faltado medios para hacerle mas útil, caso de ser preciso; y si me hubiera sido posible conferenciar con Vos, me lisongeo de que no hubiérais estado distante de mi opinion.

Los remedios que exacerban el mal, son nuevas heridas que se infieren á la Iglesia. Cierto es que hay demasias y rebelion en el partido. Los que están á su cabeza y en su defensa escriben, son unos espíritus exagerados, que se esceden sobre todas las materias que tratan; y dado que su causa fuese buena, todavia la harian mala por su modo de sustentarla. Tambien es verdad que, por la parte opuesta, no siempre se han contenido los hombres dentro de los límites razonables; y que ha habido quien defendiese á la Iglesia con

armas que la debilitaban, y propias para escitar la energia de los mismos á quienes se trataba de abatir. Donde quiera se hallan de esos espíritus imprudentes y desatentados.

¿Qué partido tomar con obispos que aman la paz y la verdad? No hay mucho que discurrir: es forzoso adoptar *el partido que no es partido*; es decir, precisamente el de la Iglesia, que asi reniega de los que la defienden mal, como de los que la atacan. Tal es el único medio para hacerse útil y para reducir los ánimos.

Conozco, bien lo sabeis, á los *apelantes*; y por lo mismo que los conozco, no he podido ja más avenirme con ellos: orgullo, afan por singularizarse, desprecio hácia los que no piensan como ellos, cualquiera que sea su posicion en la Iglesia; estremos sobre todo, osadia para decidir y traer al debate aun las cosas mejor asentadas; ninguna regla, ningun amor á la paz; intrigas y cábalas sin término: legos, mugeres, devotas y gente mundana; de todo sacan partido. Conociéndolos, convendreis en que es exacta la idea que de ellos os doy. Siempre los he visto por mis propios ojos conducirse asi, en cerca de treinta años que estuve en Paris. En verdad, amado Señor mio, que un hombre sensato y de cierta edad, no puede menos de abandonar semejante partido, si fué capáz de darse á él en su juventud; tanto mas, cuanto, á poco favor que se les muestre, sus hombres desde luego os cuentan por suyo, y abultan su lista con vuestro nombre; cantan victoria, cual si pensáseis del mismo modo que ellos, y traducen una condescendencia de caridad, por una adhesion total á las máximas que siguen tenazmente.

Asi que, dejadles continuar en su propósito por el tiempo que quieran: no es ese el modo de defender la verdad; sino formando francamente en sus filas, por espresarme en términos militares, á banderas desplegadas, y con el grueso del ejército Jamás han prosperado las vias singulares; la autoridad y el comun consentimiento han prosperado siempre. Las doctrinas exageradas solo pueden durar por algun tiempo: la moda pasa; no son bien mirados los descontentos; se deja gritar al corto número de desesperados, que quiere fundar un mérito en la obstinacion; y al fin, el buen sentido y la regla ocupan el lugar de la parcialidad.

Mal me conoceríais, mi amado Señor, si creyéseis que el paso que habeis dado, pudiese disminuir en lo mas mínimo mi respeto y tierna adhesion hácia Vos: he desaprobado ese paso, pero sin condenar la persona. Conozco demasiado la rectitud de vuestro corazon, el candor de vuestra piedad, vuestro alejamiento de las discusiones, y vuestro amor á la Iglesia. Estoy persuadido que de estas disposiciones de vuestro ánimo, tan dignas de un obispo, habeis derivado los motivos que os indujeron á obrar. El ejemplo de vuestros hermanos os ha asegurado. Os proponíais un bien, y queríais acudir al socorro de un hermano à quien creíais perseguido injustamente; pero habeis perjudicado su causa intentando defenderla. Era preciso reclamar justicia por lo respectivo á los procedimientos, si habian sido ilegítimos los que con él se usaron; mas no cabia justificar su conducta, que de ello no es susceptible en manera alguna. Podíais condenar á los jueces, caso de haber prevaricado; mas eso no os autorizaba para absolver al culpable. Yo le compadecía no menos que Vos; respetaba su edad, su carácter, sus costumbres episcopales; pero observé con sentimiento, que el mismo nos habria quitado los medios de defenderle.

Algunas veces recibo noticias suyas. Siempre me está diciendo, que padece por *sostener la gracia eficaz* y las *libertades de la Iglesia galicana*. Por mas que le contesto que, á ser exacta tal suposicion, de ciento veinte obispos que somos, estariamos desterrados á lo menos los ciento y diez; el buen anciano no me dá crédito, ni pierde de vista su fantasma. Sus corresponsales abusan de su sencilléz, y se la abultan continuamente, prodigándole elogios tan pomposos por su firmeza, que se halla sorprendido de que no caigamos todos en un lazo tan gastado, y en que solo pudieran caer, ó personas de muy corta edad, ó cabezas volcanizadas. Espero que Dios atenderá á vuestra buena intencion; pero le conozco hace bastante tiempo, y me temo mucho que su conducta sea en parte motivada por la complacencia que le produzcan los aplausos del partido, y aun el triste espectáculo que dá á la Iglesia.

Ya veis, amado Señor mio, por la confianza con que os ha-

blo, sobre materias en órden á las cuales me propuse guardar profundo silencio, que no hay en mi corazon la menor novedad por lo que á Vos respecta; á no ser el deseo de recibir mas frecuentemente noticias vuestras, y el reiteraros el tierno respeto con que soy etc. (1.)

(Copiada por Mr. *Créqui*, *ib.*)

CARTA 7.ª

Al cardenal de FLEURY.

MONSEÑOR. Suplico humildemente á V. Em. no me tome á mal que por una vez recurra á su paternal corazon en favor de los pobres pueblos de esta provincia. Conozco hasta qué punto son importunas semejantes esposiciones; pero, Monseñor, si las miserias del rebaño no llegan á V. Em. por la voz del Pastor, ¿por qué conducto podrán llegar? Mucho tiempo hace que todos los estados y corporaciones de Avernia me estrechan á fin de que haga presente á V. Em. su triste situacion. Soy, pues, el intérprete, no de quejas ni muestras de descontento por parte suya, porque mereceis demasiado reinar sobre todos los corazones; sino únicamente de su confianza en vuestro amor hácia los pueblos. Todos os miran como un padre, como un ángel tutelar del Estado; y están harto persuadidos de que si, informado de sus necesidades, no las aliviais, será porque tal vez el socorrerlas ofrezca inconvenientes mas peligrosos que ellas; y porque el bien público, que es el grande objeto del génio sábio y universal que nos gobierna, hace inevitables ciertos males.

Desde luego es de pública notoriedad, Monseñor, que la Avernia, provincia sin comercio, y casi sin salida para la estraccion de sus productos, es, sin embargo, la provincia proporcionalmente mas

(1) Hubo un tiempo en que el P. SOANEN mereció el aprecio de Luis XIV. Era uno de los cuatro predicadores mas distinguidos de su Congregacion, llamados en la Corte los CUATRO EVANGELISTAS. Jamás lo oia el Rey sin manifestarse afectado por las importantes y patéticas verdades que anunciaba. Los PP. de Lachaise y Bourdaloue asistian con placer á sus sermones. Fenelon proponia como modelos para la elocuencia sagrada á este predicador, y á BOURDALOUE y MASSILLON.

recargada de subsidios entre todas las del Reino. El Consejo no lo ignora: alcanzan aquellos á mas de seis millones, que el Rey no sacaría de todas las tierras de Avernia, dado que fuese su único poseedor. Y los habitantes de nuestros campos, Monseñor, viven en una miseria espantosa, sin muebles, sin cama en que dormir. Ademas; la mayor parte de ellos carece, durante la mitad del año, del pan de cebada ó de avena que constituye su único alimento, y que se vé en la precision de arrancarse de la boca y de la de sus hijos, para pagar las contribuciones.

Todos los años, Monseñor, tengo el acerbo sentimiento de presenciar en mis visitas tan triste espectáculo. No, Monseñor: es un hecho positivo, que en todo el resto de Francia no hay pueblo mas pobre y miserable que este. Lo es hasta tal punto, que viven infinitamente mas felices los negros de nuestras islas: porque con trabajar, tienen seguros su alimento y vestido, así ellos como sus mugeres y sus hijos; al paso que nuestros paisanos, que son los mas laboriosos del Reino, no pueden, apesar del trabajo mas obstinado, ganar el pan para sí y para su familia, y pagar sus subsidios. Si en esta provincia ha habido intendentes que pudiesen hablar otro lenguage, han sacrificado la verdad y su conciencia á una despreciable fortuna.

A esta indigencia general y ordinaria de la provincia, se han juntado, en los tres años últimos, unos pedriscos y esterilidades que han acabado de arruinar á los infelices pueblos. Sobre todo, este invierno há sido tan horroroso que, si hemos podido librarnos del hambre y de una mortandad general, lo debemos á un esceso de celo y caridad que han mostrado personas de todos los estados á fin de prevenir cualesquiera desgracias. Todos los campos se veian desiertos, y apenas cabia en nuestras ciudades la innumerable multitud de mendigos que á ellas acudia en busca de pan. El paisanage, la magistratura y el clero, todo ha acudido en nuestra ayuda: y vos mismo, Monseñor, habeis inclinado la Real bondad á fin de que se nos adelantasen sesenta mil libras. Merced únicamente á estos auxilios, ha podido sembrarse la mitad de nuestras tierras, que iban á quedar todas ellas sin cultivo, por la

escaséz y escesiva carestía de los granos. El precio de estos ha disminuido en mas de la mitad. Mas el pobre pueblo, que para sembrar sus tierras, ha tenido que solicitar anticipaciones del Rey y de los particulares, y que comprar granos á un precio á la sazon exhorbitante, se vá á ver obligado, por lo bajo del precio á que están ahora, á vender tres veces tanto como há recibido, para reembolsar los adelantos que se le han hecho; de modo que caerá nuevamente en igual abismo de miseria, si V. Em. no le dispensa la caridad de influir en que este mismo año se le conceda una rebaja considerable en las imposiciones que el Consejo vá á regular muy en breve.

Por lo demás Monseñor, suplico á V. Em. con las mayores instancias que, al leer lo que me hé tomado la libertad de escribirle, no crea que es efecto de un esceso de celo episcopal. Sobre lo mucho que debo á V. Em., todavia le soy deudor de otra cosa mas: á saber, de la verdad. Asi que, lejos de exagerar, os protesto, Monseñor, que he templado todo lo posible las espresiones, por no affigir vuestro corazon. No dudo que nuestro intendente, por mucho que tema desagradar al Gobierno, dirá todavia mas que yo. Tenga V. Em. la bondad de hacer que le dén cuenta de sus comunicaciones. Suele decirse que, en un puesto de la primera categoría, no es posible oirlo todo, ni remediarlo todo. Esta máxima podía admitirse bajo los ministerios anteriores; pero en el vuestro á todo se presta atencion. Los grandes negocios que deciden de la suerte de la Europa, no os hacen perder de vista los mas pequeños. Nada se os oculta, en tal inmensidad de cuidados; y nada es capaz al parecer, no ya de agoviaros, pero ni aun de ocuparos intensamente. En esa confianza, he aventurado la presente carta; tratando con un verdadero padre, puede uno atreverse á todo; y cuando se le habla en favor de sus hijos, puede darse el caso de que se le importune, mas siempre hay seguridad de no tener la desgracia de desagradarle. (1)

(1) Un prelado muy respetable, y que, como Massillon, debió el ser obispo únicamente á su mérito, dice, que el obispo de Clermont no se contentaba con solicitar socorros para los pobres de su diócesis; sinó que tambien á veces tenia altercados con el mi-

(Del *Elogio de Massillon* en la Academia francesa.)

CARTA 8.ª

Al P. Renaud, del Oratorio, que acababa de obtener el premio de Elocuencia en la Academia francesa. 1738.

El *Panegírico de la Santísima Vírgen* es una composicion oratoria fácil únicamente para predicadores sin talento, de quienes nada se espera, que con cualquiera cosa se contentan, que nada ven superior á sus ideas, y que se lisongean de haber formado un panegírico, con desleir acontecimientos desprovistos de interés, en un vacío contínuo de logares comunes.

Card. *Maury, Ensayo sobre la Elocuencia del Púlpito.*)

Carta de Monseñor *Soanen*, obispo de Senez, á Massillon. (1)

18 *de abril de* 1729.

Tened á bien, Monseñor, que os renueve las espresiones de mi afecto por boca del R. P. Don... prior de esta abadía (la Chaise-Dieu), que vá á ofreceros sus respetos, y que ha querido encargarse de haceros presentes los mios. No puedo hablaros por un intérprete mas seguro de la veneracion que os profeso, que por aquel á quien he hecho depositario de mi conciencia y de mis sentimientos para con Dios. Uno mis ruegos á los de ese apreciable Padre, para pediros que continuéis dispensando vuestras bondades á los jóvenes ordenandos de esta abadía, cuyos súbditos todos me edifican mucho por su caritativa piedad.

---

nisterio. Este prelado asegura haber leido una carta muy elocuente y enérgica que Massillon escribia al cardenal de Fleury. Parece que el Ministro obligó al obispo de Clermont á suprimirla: lástima grande! Curioso fuera ver como el sabio Massillon habia conciliado en ese escrito pastoral, su respeto hácia la austeridad monárquica, y los sentimientos que le inspiraban en tal momento la administracion y su amor al Rey; con su amor, todavia mas grande, á la humanidad y á la justicia que, á su decir, le parecian igualmente ultrajadas en la guerra de 1741. (Dicho Elogio de Massillon.)

(2) Ha parecido oportuno añadir á las cartas de Massillon, una de las contestaciones de Monseñor Soanen, á aquel Prelado; habiendo sido inútiles las diligencias practicadas para descubrir la que le habia precedido, y de la cual hace mencion cuando dice: «Vuestras últimas cartas, del 14 y 19 de Enero de 1729, no eran mas que una contestacion á la mia anterior.»

Nada os digo, Monseñor, sobre el contenido de vuestras últimas cartas, del 14 y 19 de Enero de 1729; no por el motivo de no ser mas que una contestacion á la mia anterior, pues nunca os escribiré contando con vuestra respuesta, dado que considero de mi deber preveniros en amistad; sino únicamente porque he de atenerme con el mayor gusto á la tan sábia y agradable regla que me habeis propuesto, al espresarme, antes de vuestras últimas cartas, que queríais conservar conmigo una cordial union, *apesar de la diferencia de vuestros sentimientos*, así me deciais, *y de vuestra conducta.*

Será para mi una grata ley, vuestra máxima, que en el presente tiempo es mas necesaria que nunca. Por otra parte, todos los principios que me alegais en vuestras dos cartas, son absolutamente los mismos que manifiesta en la suya Monseñor el Arzobispo de Embrun (de Tencin.) Mas, á la vez que observo una perfecta conformidad entre vuestros dogmas y los suyos, me lisongeo de que hay infinita diferencia entre vuestros corazones: y eso es lo que me ha inducido á contestarle en tono algun tanto fuerte.

Pero por lo que hace á Vos, Monseñor, á quien Dios me ha unido por tantos vínculos sagrados, no solo por ser ambos obispos, sino tambien atendiendo á nuestra educacion y á nuestro precedente ministerio, no os contestaré sino para espresaros mi ternura y desearos todo linage de bienes; prefiriendo siempre las leves heridas por parte del amigo, á las falsas caricias del enemigo.

(Carta 295 de M. *Soanen.*

TERCERA PARTE.

NOTICIAS ACERCA DE MASSILLON.

ELOCUENCIA DE MASSILLON.

«El nombre de *Massillon* caracteriza la elocuencia cristiana.» (*Sabatier, Siglos literarios.*)

«La Francia ha tenido su Ciceron en *Massillon*, asi como puede alabarse de haber tenido su Demóstenes en Bossuet.»—«Bossuet y *Massillon* son modelos por escelencia.»=«Cuando hemos oido, y mas todavia, cuando hemos leido á *Massillon*, observamos que lo eclipsó todo»—«*Massillon* es superior á cuanto le precedió y á cuanto le ha seguido.» (*La Harpe*, Curso de Literatura, tomo 7.)

«*Massillon*, leido y releido muchas veces, y cada vez saboreado con mas gusto, es uno de los mas bellos modelos que nos presentan, asi la elocuencia como el arte de escribir.» (*Chenier*, Cuadro histórico de la *Literatura francesa del siglo* XIX.)

«Dos clases de lectores hay á quienes *Massillon* debe merecer especial cariño; los amigos de las letras, y los amigos de la Religion. Los primeros observan con un placer siempre nuevo, aquella composicion tan natural y á la vez esmerada, aquella suave elocuencia, aquella feliz facilidad, aquella magnífica abundancia, aquellas amplificaciones encantadoras; todos los recursos, en fin, de un arte grandemente eficaz sobre el ánimo de los que le han oido

y le leen. Los segundos observan complacidos aquella moral tan pura, aquella pintura tan verdadera de la doctrina cristiana, aquellos cuadros tan animados de los funestos efectos de las pasiones, aquel profundo conocimiento de nuestra miseria, la sabiduría y uncion de sus consejos, su singular habilidad en conmover los corazones; aquel raro conjunto de todas las cualidades que convienen á un ministro encargado de anunciar el Evangelio. Los unos y los otros no pueden cansarse de admirar tan elevado talento, que reviste pensamientos bellos de un estilo bello tambien y que los hace brillar, que dá al lenguage de la razon un embeleso que arrastra, y que en el Púlpito nos obliga á sentir la dignidad de un intérprete del Altísimo, y á la par la suavidad de un padre que instruye y la gracia persuasiva de un amigo que reprende. Los unos y los otros admiran siempre en *Massillon* hasta qué punto la piedad y el gusto se prestan un mútuo apoyo, como se embellecen las flores de la literatura asociándose con las verdades religiosas, y como las verdades de la Religion adquieren al parecer mayor energía é interés ataviándose con el colorido de la elocuencia! En Massillon, la belleza del estilo no consiste en la profusion de las figuras. No hay en él un ornato pomposo, que deslumbre y no interese. Abunda en una gracia natural, que solo se muestra lo que es preciso para agradar sin afectacion ni artificio: en una grande pureza de gusto, que admite los adornos, no los busca ni solicita; en una modesta elocucion, que solo se ocupa de las dotes esteriores de la palabra para conciliarse el favor que necesita para persuadir y mover. La Córte de Luis XIV, poblada de personages ilustrados y cultos, exijia que se hablase al corazon mas bien que al entendimiento. En la capital, la licencia no habia llegado aun al estremo de formarse principios falsos para disculpar las malas costumbres. Habia que obligar á sus hombres á avergonzarse de sí mismos; habia que ponerles á la vista el abismo de sus propios corazones y estrecharlos á recurrir al oportuno remedio. Massillon descendió hasta la conciencia de sus oyentes; les descubrió los resortes de sus acciones, escudriñó hasta los pliegues mas ocultos de su alma, y los confundió con descripciones en que cada

uno se reconocia á sí mismo, asombrado y lleno de vergüenza. Pero al mismo tiempo que los espantaba, poniéndoles presentes sus llagas, dirigía sus miradas hácia el sagrado signo que habia de operar su curacion. Les franqueó los tesoros de la misericordia: pintó la desgracia del hombre abandonado por su Hacedor, y cuán feliz es, cuando se convierte y se dirije al fin para que ha sido criado. Le inspiró disgusto hácia las cosas de la tierra, y escitó sus deseos hácia lo que es eterno. Por último, habló siempre á su corazon, y se esforzó por escitar en él los sentimientos legítimos de amor, respeto y gratitud, que unen de cierto modo á la criatura con el Criador, y que, disponiéndola para el cumplimiento de sus deberes, la disponen tambien para la felicidad suprema á que está llamada.» (*Miscelánea de Filosofía, Historia, Moral y Literatura,* tom. 7; 1809.

MASSILLON EN EL PULPITO.

«Massillon se presentó en el Púlpito con ayre de sencillez, con actitud modesta, los ojos bajos, demostrando humildad, con gesto natural y tono afectuoso, ofreciendo el aspecto de un hombre penetrado, que lleva en el entendimiento las mas brillantes luces y los mas tiernos afectos en el corazon. No tronaba en el púlpito, no asustaba á los oyentes con voces descompasadas. Derramaba en los corazones los sentimientos que enternecen y que se manifiestan por las lágrimas ó por el silencio. Desde su tercer sermon, se le miró como el primer predicador del Reyno.» (*Discurso á la Academia francesa* por Monseñor Languet de Gery, arzobispo de Sens.)

«El P. Massillon tenia una *accion*, un *sentimiento* que le eran tan propios, que se puede asegurar que, asi como no tuvo un modelo á que atenerse, asi tampoco ha formado un discípulo que le imitase. Se le veia subir al púlpito como quien acaba de meditar profundamente sobre un objeto. Al mostrarse al pueblo, su ayre de recogimiento anunciaba desde luego la grandeza é importancia de las verdades que iba á predicar: no habia abierto la boca, y el oyente ya estaba conmovido: hablaba al fin.... y no podia contener dentro

de sí las verdades de que se hallaba penetrado. Un fuego interior le devoraba, y era preciso que se manifestase esteriormente. Asi, todo hablaba en él, todo persuadia, todo llevaba al alma la conviccion y el sentimiento. Tenia un talento natural, que le facilitaba el espresar y decir las cosas con energía y viveza, porque las sentia del mismo modo. Hacía consistir *todo el mérito de la accion, en mostrarse profundamente penetrado* de las verdades de las cuales queria convencer á sus oyentes.» (P. *Jannart*, del Oratorio, *Prólogo de la Pequeña Cuaresma.*)

«Massillon agradaba infinito por su modo de decir: era menos rápido y apremiante que Bourdaloue; pero ordinariamente le escedia en atractivo y uncion. Su presencia, aunque era de no mas que mediana estatura, se hacia notable especialmente por su recogimiento y nobleza. Se creia ver y oir á San Ambrosio: solia tener juntas las manos; pero en algunos momentos las cruzaba sobre la frente con un resultado maravilloso; y con sus ojos de águila, producia a mirar el mas bello de los gestos, que eran tan augustos como raros. Y ¿á qué habia de multiplicarlos? Una lectura oratoria apenas los exige para asegurar á la elocuencia todo su efecto, cuando hay habilidad para variar las entonaciones, á que con gran talento llama Ciceron *los diferentes colores de la palabra.* La voz de Massillon era suave al par que sonora: iba derecha al corazon; mas cuando la esforzaba, era aterradora y lúgubre. Se decia que, en ciertos pasages, *salia bañada en lágrimas*, porque llevaba el acento mas patético del dolor y de la reprension lastimera; y porque sus prolongados suspiros llegaban á conmover hasta el estremo los corazones y las conciencias.» *(Maury, Ensayo sobre la Elocuencia del Púlpito.)*

AUDITORIO DE MASSILLON.

«En aquel siglo de grandeza para la Francia, la Religion, considerada bajo el aspecto meramente humano, fué grande como todo lo demás.... Entonces se nos presenta un Bossuet convirtiendo á un Turena; un Fenelon, que sube al púlpito para dar el ejemplo de la sumision á la Iglesia; un Luxembourg, que en el lecho de muerte

prefiere á todas sus victorias el recuerdo de un vaso de agua dado á los pobres en nombre de Dios; un Condé, un cardenal de Retz, una princesa Palatina que, despues de haber figurado en primera línea, en el mundo, en la guerra y en la corte, ofrecen ejemplos de piedad y de arrepentimiento al pie de los altares; un Rey, considerado como el mas notable de los hombres, que cada dia humilla en los templos una diadema tejida de laureles, y que se acusa de sus fragilidades en medio de sus triunfos. Las cartas de Madama de Sévigné nos transmiten estas fieles imágenes de las costumbres de su tiempo: por dó quiera se veia honrada la Religion; dó quiera el deber de retirarse del mundo á tiempo y de prepararse para la muerte, se consideraba como un deber, no solamente de conciencia, sino tambien de decoro: se solemnizaban las fiestas y eran observados los ayunos que la Iglesia prescribe: y por fin, observamos, que un duque de Borgoña, príncipe de veinte años, se niega, apesar del respeto que profesa al Rey, su abuelo, á asistir á un bayle, por parecerle una reunion demasiado mundana. Tal era el imperio de la Religion: los que no la tenian (y eran raros), guardaban por lo menos mucha reserva; y los verdaderamente religiosos, lo eran con dignidad. Esos fueron los oyentes de los Bossuet y de los *Massillon!*» (*La Harpe* Curso de *Literatura*, tom. 7.)

«Como Massillon hablaba el lenguage de todos los estados, hablando al corazon del hombre; todos los estados corrian á sus sermones. Hasta los incrédulos deseaban oirle; tal vez hallaban instruccion donde solamente habian ido á buscar entretenimiento; y volvian acaso convertidos, cuando habian creido que, al salir de la Iglesia, solo tratarian de conceder ó negar sus elogios al predicador.» *(Elogio de Massillon por D'Alembert.)*

FRUTOS DEL CELO DE MASSILLON.

«Las conversiones obradas por el ministerio de Massillon, fueron harto numerosas. Eran muchos los que se ponian bajo su direccion; y los bienes que hizo en el tribunal de la Penitencia, son tan considerables y públicos, que pudiera citar repetidos ejemplos;

pero me voy á limitar á dos. El primero es el de Francisco Santos Forbin de Janson, conocido por el título de conde de Rosemberg, célebre por sus infortunios, y que recibió una herida muy grave en la batalla de la Marsaille. Hallándose enfermo en Paris, llamó al P. Massillon; se confesó con él: y cuando logró restablecerse, pasó á la Trapa, donde fué, bajo el nombre de *Fr. Arsenio*, el modelo de todas las virtudes; terminando su vida en Buonsolazzo (Toscána), en olor de santidad, á 21 de junio de 1710.» (*Dania, Vida de Fr. Arsenio.*)

«El segundo es Francisco Arnaldo de Courville, coronel reformado. A la mas espresiva fisonomia juntaba todas las cualidades que pueden conciliar el aprecio y el cariño. Profundamente impresionado por las grandes verdades que predicaba el P. Massillon, fué á echarse á sus pies, y verificó una confesion sincera de sus faltas. Hasta el último momento de su vida, permaneció en la práctica mas exacta y edificante de todas las virtudes. Fué herido la víspera de la batalla de Almansa; era á la sazon brigadier, coronel del regimiento de Maine, é iba á ser ascendido á mariscal de campo, cuando murió, de resultas de dicha herida, pocos dias despues, en olor de santidad, á la edad de 46 años, en 1707.» (*Vida de Courville, por la Riviere.*)—Véase el artículo J. B. *Massillon* en las *Memorias* del P *Bougerel.*

«Se tiene por muy verosimil que el sermon *sobre la palabra de Dios* produjo una conversion, que hizo mucho ruido en su tiempo, y de que en mi juventud oí hablar mil veces, como de un hecho público y constante. Un cortesano se encaminaba á cierta ópera nueva, que desde muy temprano llamaba al teatro grande concurso. Su coche se hallaba detenido cerca del hospicio llamado *Les Quinze-Vingts*, por una doble fila de carruages, dirigidos, los unos á la entrada de la opera, y los otros á la de la iglesia del hospicio, próxima á Palais-Royal, donde se verificaba á la sazon el referido espectáculo. Este hombre, aburrido, despues de una larga espera, preguntó, qué era lo que podia ocasionar tan estraordinaria concurrencia de carruages, cuya mayor parte marchaba en sentido contrario. Se le respondió, que aquellas gentes concurrian

á oir á Massillon, el cual iba á predicar. *Jamás le hé oido,* dijo, *y se cuentan de él tantas maravillas! No perderé esta ocasion, ya que se me depara y ya que no estoy seguro de encontrar asiento para la ópera.* Felizmente pudo oir el sermon, que parecia dirigirse particularmente á él con las palabras: *Tu es ille vir.* Salió muy diferente de lo que habia entrado; no volvió á la ópera, pero sí á la iglesia, y nunca por curiosidad.» (*La Harpe,* Curso de *Literatura,* t. 14.

ANÉCDOTAS RELATIVAS A MASSILLON.

JUAN BAUTISTA MASSILLON nació en Hieres, en Provenza, el año de 1663, de Francisco Massillon, notario, y de Ana Marin. Entró muy jóven en el Colegio del Oratorio de su pais. Una de sus diversiones favoritas era ir con algunos de sus condiscipulos á escuchar la divina palabra. Concluido el sermon, los hacia formar en círculo, se coloca en medio de ellos, y les repetía lo que recordaba del discurso del orador, animando lo que recitaba con las gracias naturales de su gesto y de su voz. Cuando todavia estudiaba humanidades, su padre le sacó del colegio, con la mira de transmitirle la notaría que estaba ejerciendo en Hieres. Sin embargo, fué á continuar en el Oratorio, en los ratos que le quedaban desocupados, unos estudios que habia comenzado bajo los mejores auspicios. El superior tuvo ocasion de presentarle al Visitador de la Congregacion, quien, habiendo observado en él talentos estraordinarios, resolvió hacer que se afiliase en la misma; y el padre, vencido por las instancias de los PP. del Oratorio, les cedió al fin su hijo.

=Un hombre de mérito, á quien Luis XIV enviaba á predicar al Langüedoc, encantado del jóven Massillon, tuvo con él frecuentes conversaciones, y le dijo al marcharse: «Proseguid vuestro camino; y llegareis á ser uno de los hombres mas notables del Reyno.»

=En 1681 estudiaba teología con el P. Quiqueran de Beaujeu, que fué luego obispo de Castres.

=Por sus primeros ensayos, previeron muy pronto sus superiores, que iba á honrar sobremanera á la Congregacion. Destináronle al púlpito; pero solo por obediencia consintió en abrazar esta carrera. El solo no columbraba la celebridad con que se veia lisongeado, y con que iba á recibir una merecida recompensa su modesta sumision. El jóven Massillon hizo desde luego cuanto en su mano estuvo para desviar de sí semejante gloria....

Las oraciones fúnebres *de los arzobispos de Lyon y de Viena*, que á la verdad no eran sino la prueba ó ensayo de un jóven, pero de un jóven que ya anunciaba lo que llegó á ser despues, tuvieron el éxito mas brillante, El humilde orador, asustado por su reputacion naciente, y temiendo, segun decia, al *demonio del orgullo*, resolvió huir de él para siempre, consagrándose á un retiro el mas profundo y austero. Fué pues á sepultarse en la abadia de Sept-Fonts, donde se seguia la misma regla que en la *Trapa*; y allí tomó el hábito.

El cardenal de Noailles dirijió al abad de Sept-Fonts, cuya virtud respetaba, una pastoral que acababa de publicar. El abad, mas religioso que elocuente, pero que aun conservaba, al menos por lo respectivo á su comunidad, un resto de amor-propio, queria dar al prelado una respuesta digna de la pastoral que habia recibido. Encargó de ello al novicio ex-oratoriano; y Massillon le sirvió con tanta prontitud como escelente resultado. El cardenal, asombrado al recibir de aquella Tebayda una obra tan bien escrita, no temió herir la vanidad del piadoso abad con preguntarle quien era su autor. El abad citó como tal á Massillon; y el prelado le respondió, que no era justo que tan aventajado talento permaneciese escondido *bajo el celemin*. Exijió que se obligase al novicio á dejar el hábito; le hizo tomar nuevamente el del Oratorio; y le colocó en el seminario de San Maglorio (que era el de Monseñor el arzobispo de Paris, y el primero que en dicha capital se fundó despues del Santo Concilio de Trento), en 1697, exhortándole á cultivar la elocuencia sagrada.

En aquella casa de estudioso recogimiento es donde Massillon compuso sus admirables Conferencias eclesiásticas.

—Cuando el P. Darrerés de la Tour, superior-general del Oratorio, preguntó á Massillon, qué pensaba de los predicadores de la capital, respondió; «Muestran, á mi parecer, mucho ingenio y talento; pero si llego á predicar, no lo he de hacer como ellos.»

—En 1698 fué á predicar la Cuaresma á Mompeller.

—Habiendo el P. Bourdaloue concurrido á la iglesia de Nuestra Señora á oir uno de los primeros sermones del P. Massillon, quedó tan satisfecho que, al verle bajar del púlpito, indicándosele con el dedo á algunos compañeros suyos, que deseaban les manifestase su opinion, les respondió como el Bautista á sus discípulos, cuando le interrogaban acerca del Mesías, del cual era mero Precursor el mas grande de los hombres: *Illum oportet crescere; me autem minui.* (1) Aplicacion feliz, que espresa á la vez, la profunda humildad del venerable jesuita, y la alta reputacion á que el eminente juicio del orador mas grande entre los de su tiempo, preveia desde entonces que estaba llamado el jóven oratoriano, que apenas entraba en la carrera que Bourdaloue habia seguido con tanta gloria durante medio siglo, y que se hallaba á punto de terminar!

—Luego deseó la Córte oirle, ó, por mejor decir, juzgarle. Se presentó en aquel gran teatro sin orgullo y sin temor. Su estreno fué de los mas brillantes: puntualmente el exordio del primer discurso que allí pronunció, es una de las obras maestras de la elocuencia moderna (el de *Todos-Santos.*) Luis XIV se hallaba entonces en el apogeo de su gloria, vencedor, admirado en toda Europa, adorado por sus súbditos, embriagado de incienso y saciado de homenages. Massillon tomó por testo el pasage de la Escritura que parecia menos apropiado para un Príncipe como él: *Bienaventurados los que lloran*: y de ese testo supo sacar un elogio del Monarca, tanto mas nuevo, hábil y halagüeño, cuanto pareció dictado por el mismo Evangelio, y cual pudiera formarle un Apóstol: á saber: «Señor; si el mundo hablase aqui en lugar de J. C., sin duda no usaría con V. M. el mismo lenguage. Feliz, os diria,

(1) Joan. c. 3, v. 30.

el príncipe que nunca há combatido sino para vencer;... pero, Señor, J. C. no habla como el mundo.» El auditorio de Versalles, aunque acostumbrado á los Bossnet y á los Bourdaloue, no lo estaba sin embargo á una elocuencia tan delicada y noble. Asi que escitó en el concurso, apesar de la gravedad del sitio, un movimiento involuntario de admiracion.

—Habiendo predicado su primer Adviento en Versalles, en 1699, Luis XIV le dirijió, en presencia de toda la Córte, estas lisongeras palabras: «Padre: he oido en mi capilla á muchos grandes oradores, y hé quedado muy contento; pero siempre que os escucho á Vos, estoy muy descontento de mi mismo.»

—Despues de tan fino elogio, acaso Massillon no oyó nada que le halagase mas, que las siguientes espresiones de una muger del pueblo que, viéndose atropellada por la muchedumbre al entrar en Nuestra-Señora, un dia en que aquel predicaba, dijo con enfado y en el lenguage propio de su clase: «Ese diablo de Massillon, cuando predica, alborota á todo Paris.»

—En 1699 predicó la Cuaresma en Paris, en la iglesia del Oratorio, calle de San Honorato, en que el P Mauro acababa de predicar el Adviento con estraordinaria aceptacion.

—La primera vez que pronunció su sermon sobre el *corto número de los escogidos*, hubo un momento en que se apoderó del auditorio un arrebato indefinible. Casi todos los presentes se levantaron á medias por un involuntario movimiento. Las demostraciones de aclamacion y de sorpresa fueron tan pronunciadas, que turbaron al orador; pero esa turbacion solo sirvió para dar un tono mas y mas patético al pasage siguiente: «Supongo, Hermanos mios, «que esta es vuestra última hora y el fin del universo; que los Cie- «los ván á abrirse sobre vuestras cabezas, y J. C. á manifestarse en «su gloria en medio de este templo... Restos de Israél, pasad á la «derecha: grano selecto de J. C., no te mezcles con esa paja desti- «nada al fuego... O Dios! donde están vuestros escogidos? Y qué «porcion os queda?»—Esta figura, la mas atrevida que se empleó jamás, es uno de los mas bellos rasgos de elocuencia que se pueden leer, así en las naciones antiguas como en las modernas.—

Este discurso se predicó en la iglesia de San Eustaquio de Paris. Las palabras *en el seno de la asamblea mas augusta del Universo*, parecen indicar que se hallaba presente Luis XIV, el cual solia complacerse en ir á escuchar á diferentes predicadores en las iglesias de la capital.

—En 1704, año fatal, en que la elocuencia sagrada tuvo la desgracia de perder á Bossuet y á Bourdaloue, Massillon se presentó en la Corte por segunda vez; y mostrándose Luis XIV mas y mas satisfecho de él, le dijo: «Padre: quiero oiros cada dos años.» La envidia y la intriga se opusieron con buen éxito á tan merecida preferencia; y Massillon no volvió á ocupar el púlpito de Versalles en los once años últimos del reynado de Luis *el Grande*.

—El duque de Lorena le solicitó para que predicase la Cuaresma en su Corte, y las gentes acudian en tropel de treinta leguas en contorno para tener la dicha de oirle.

—En 1709 pronunció la oracion fúnebre de *Monseñor Luis de Borbon, príncipe de Conti*, en la iglesia de San Andrés *des-Arcs*: único discurso que Massillon dió al público.

—Entre los templos en que resonó la elocuente voz de Massillon (sin hablar de los de la corte de Versalles, Fontainebleau, San German *en-Laye*, las Tullerías y el Louvre), la tradicion nos dice, que el año despues de la muerte de Flechier, verificada en 1710, hizo el elogio fúnebre de *Monseñor Luis, el Delfin*, en la *Santa Capilla* de Paris, en la cual pronunció tambien el de *Luis el Grande* en 1715; que predicó de la *Asuncion de la Sma. Virgen* en el monasterio de religiosas de la Visitacion de Chaillot, ante el rey Jacobo II y la reyna de Inglaterra; el panegírico de *S. Juan Bautista* en Sceanx, en presencia de los duques de Maine; el de *S. Francisco de Paula* ante el cardenal de Noailles, arzobispo de Paris; y la oracion fúnebre de *Madama la duquesa de Orleans* en la abadia de S. Dionisio, año de 1721.

—S. A. R. la duquesa últimamente mencionada, hacia de Massillon muy grande aprecio, y le llamaba siempre *su buen amigo*.

—Massillon hablaba con mucha autoridad: su actitud era noble, y no prodigaba los gestos. Tenia una voz flexible y sonora, y sobre

todo, ojos elocuentes. Su esclamacion favorita: GRAN DIOS!, que tantas veces se encuentra en sus discursos, partia de lo íntimo del corazon. Un distinguido personage, que habia tenido la inestimable dicha de ser del número de sus oyentes, decia á un eclesiástico digno de todo crédito, que Massillon empleaba al hacerla un acento particular, acompañándola de una mirada vivísima hácia el Cielo, y de un gesto tan espresivo, que producia siempre en los que le escuchaban la mas profunda impresion.

—Al salir de uno de sus sermones, el actor mas perfecto que habia tenido el teatro francés, Baron, asombrado de la verdad que en toda su accion observaba, dijo á uno de sus compañeros, que le habia seguido: *Amigo: este es un orador; nosotros no somos mas que unos cómicos!* Habiéndole el mismo actor encontrado en una casa, en que tenian libre entrada los literatos, le dijo: *Continuad, Padre, declamando cual lo haceis; teneis una espresion que os es propia; dejad las reglas para los demás.*

—Los contemporáneos de Massillon atestiguan, que jamás tragedia alguna hizo derramar mas lágrimas, ni escitó mas prolongados y dolorosos gemidos, que el cuadro presentado en nombre de la Religion á la caridad pública, en presencia de un pueblo estenuado por el hambre, en el sermon sobre la *Limosna*, pronunciado en Nuestra-Señora de Paris, y que encierra el sublime episodio de la carestía de 1709.

—*En vuestros sermones se cortan los bolsillos,* le dijo un cortesano. *Si*, respondió Massillon; *pero el P. Bourdaloue los hace restituir.*

—Un dia pregnntaron á Massillon, dónde habia adquirido, un hombre consagrado, cual él lo estaba, al retiro, la habilidad de hacer unas pinturas del mundo tan vivas y exactas: *En el corazon humano,* contestó; *á poco que se le sondée, se descubrirá en él el gérmen de todas las pasiones.* «Cuando compongo un sermon, añadia, me imagino ser consultado sobre un punto dudoso. Pongo el mayor esmero en fijar en el buen partido al que recurre á mí. Le exhorto, le estrecho, no le dejo, hasta observar que se rinde á mis razones.»

—Massillon solo tardaba ocho dias en componer un sermon. Tan grande facilidad la debia al estudio que habia hecho de los predicables del P. *le Jeune*. (1) «Este sermonario, decia Massillon, es un escelente repertorio para un predicador; y me he aprovechado de él.»

—Felicitándole uno de sus hermanos porque acababa de predicar admirablemente: «Dejadme, Padre, respondió: ya me lo ha dicho el diablo con mas elocuencia que vos.»

—Un párroco rural decia: «Mis feligreses me oyen siempre con gusto, cuando les predico á Massillon.»

—Predicando un dia en presencia de Luis XIV, Massillon se detuvo un instante, para recordar lo que seguia de su discurso: «Descansad, Padre, le habló el Rey; bueno es que nos dejeis tiempo para saborear las bellas cosas que nos decís.»—Cuando le preguntaban cual era su mejor sermon, respondia: *El que mejor sé.*—Bourdaloue y Massillon, nacidos ambos con una memoria ingrata, y por otro lado, sobrecargada con tantos discursos, que podian predicar todas las estaciones, todas las solemnidades, y casi todas las semanas del año, sin repetir ninguno, se veian á veces precisados á recurrir á sus manuscritos.—El obispo de Clermont, *aburrido*, segun manifestaba, *de aprender cada dia su leccion, como un estudiante*, concibió tal disgusto hácia el Púlpito, que no quiso subir á él durante los veinticinco últimos años de su vida (Cardenal *Maury*, *Ensayo sobre la Elocuencia del Púlpito*).—Massillon opinaba, que seria mucho mas ventajoso leer los sermones, que recitarlos; que la costumbre de mandarlos á la memoria era una esclavitud, que privaba al Púlpito de muchos oradores, y ofrecia graves inconvenientes

---

(1) El P. LE JEUNE, del Oratorio, contemporáneo de los PP. SENAULT y LINGENDES, reformadores de la elocuencia sagrada en Francia, siguió con ventaja sus huellas. Era uno de esos hombres apostólicos y estraordinarios, que suscita la Providencia para la salud de los fieles. Se consagró particularmente á las Misiones, y ejerció el ministerio de la palabra por espacio de cerca de 60 años, con tanto celo como fruto. Perdió la vista á los 35 años; por lo cual se le llamó despues EL PADRE CIEGO; y murió en olor de santidad en 1672, á los 80 años: Sus sermones han sido reunidos en 10 volúmenes. Si por un lado se hallan en ellos faltas de gusto y vicios del estilo; por el otro, la uncion, la sencillez y lo patético se combinan en esas piezas con la mas sólida instruccion. (HEDOUIN, PRINCIPIOS DE LA ELOCUENCIA SAGRADA, pág. 428.)

para los que á él se dedicaban.--Habiendo ido á Clermont á visitarle su metropolitano el cardenal de La Rochefoucauld, le manifestó su sorpresa, porque privaba á sus diocesanos de los elocuentes discursos que le habian grangeado tanta reputacion. Massillon le contestó que, habiendo perdido el hábito de predicar, habia perdido tambien casi enteramente la memoria, y se hallaba en la imposibilidad de volver á estudiar tantos sermones cuantos habia olvidado.

==El Regente nombró al P. Massillon para el obispado de Clermont; y no teniendo recursos para costear sus bulas, tomó el Príncipe este negocio á su cargo. Fué consagrado en 21 de diciembre de 1718, en presencia del Rey, por Monseñor de Fleury, antiguo obispo de Fréjus, preceptor de este Príncipe; Monseñor de Tressan, obispo de Nantes, y Monseñor de Caumartin, de Vánes.

—Retiróse á la casa de campo del Oratorio, á la edad de 55 años, para componer, en el corto espacio de seis semanas, la *Pequeña Cuaresma*, que predicó en la capilla de las Tullerías, ante el jóven Monarca, á la sazon de 9 años. El mariscal de Villeroy se la pidió de parte de S. M.; pero no se imprimió hasta despues de su muerte, en 1745. El manuscrito fué presentado á Luis XV, quien se complacia en recordar esa época de su vida. Hablaba de ello frecuentemente y con satisfaccion á su preceptor el obispo de Fréjus: y dicho original se ha conservado en la Biblioteca del Rey.

—Massillon enterneció á la Córte, que le manifestó el mas afectuoso aprecio por un repentino murmullo de aclamacion, cuando se despidió de ella para siempre, anunciando, al fin de su sermon de *Pascua*, en el dia en que terminó su *Pequeña Cuaresma*, que su nombramiento para el obispado de Clermont, no le permitiría ya volver á presentarse en aquel púlpito, donde habia adquirido un renombre inmortal. *Gran Dios! esta súplica será sin duda la última que mi ministerio, desde ahora vinculado, por los secretos juicios de vuestra Providencia, al cuidado de una de vuestras iglesias, me permita elevar hasta Vos, desde este augusto sitio...* Estas sencillas y patéticas palabras conmovieron notablemente al auditorio, que con sentimiento unánime espresó su admiracion hácia tan bello talento, relegado à las montañas de Avernia.

—Partió Massillon para su diócesis, y dedicó todos sus cuidados al pueblo feliz que la Providencia le habia confiado. Consagraba con ternura á la instruccion de los pobres aquellos mismos talentos que tantas veces habian aplaudido los grandes de la tierra, y preferia á los ruidosos encomios de los cortesanos, la atencion sencilla y concentrada de un auditorio menos brillante, pero mas dócil.

—Predicaba á sus curas las virtudes de que hallaban en él ejemplos: el desinterés, la sencilléz, el olvido de si mismo, y el activo y prudente ardor de un celo ilustrado.

—Una discreta moderacion era el carácter dominante de Massillon: complacíase en reunir en su casa de campo á oratorianos y jesuitas; haciales jugar juntos al agedréz, y les exhortaba *á no hacerse jamás una guerra mas formal.*

—Vivamente penetrado de las obligaciones de su cargo, Massillon llenó especialmente cierto deber, cuyo cumplimiento hace que un obispo sea querido y respetado hasta por los incrédulos. Redujo á sumas muy módicas sus derechos episcopales: y hasta respetó la delicadeza de los desgraciados que esperimentaban sus beneficios.—Cuando se le veia por las calles de Clermont, el pueblo se arrodillaba, clamando: *Viva nuestro Padre!*

—Massillon no hizo aprecio de los sermones que tan alta mombradía le grangeáran en París; y se contentó con dirigir al pueblo de su diócesis, cási sin preparacion, unas sencillas y familiares exhortaciones, que dedicaba á los pobres, mas que sin embargo concurria á escuchar toda la ciudad.

—El cardenal de La Rochefoucauld le estimuló á que revisase sus sermones, y á que los preparase para que saliesen á luz, en su vida ó despues de su muerte; y al mismo tiempo, á que compusiese, para instruccion de sus curas, unos pequeños discursos, que le costase poco trabajo formar y retener; lo cual acrecentaría su reputacion, sin fatigar su memoria. Massillon siguió este consejo: y desde entonces leia cada año en sus sínodos esas *Conferencias* tan bien escritas, tan llenas de sentimiento y uncion, que bastarian ellas solas para inmortalizarle.

—El P. *Bougerel* refiere por menor los rasgos mas edificantes

que ofrecen, su conducta episcopal, su celo por el clero, sus discursos, sus buenas obras, y sus inmensas limosnas.—Un numeroso convento de monjas pasaba sin pan hacia algunos dias. Estaban resueltas á perecer antes que confesar su horrorosa miseria; recelando que fuese suprimida aquella santa casa, á la cual tenian mas apego que á la vida. Massillon recibió al mismo tiempo la noticia de su estrema indigencia y la del motivo de su silencio. Estrechado á socorrerlas, temió alarmarlas manifestándose sabedor de su situacion; envió, pues, reservadamente á las religiosas una suma muy considerable, que asegurase su subsistencia mientras arbitraba otros recursos para proveer á ella; y hasta despues de su muerte no supieron aquellas, quien habia sido el bienhechor al cual tanto debian,=Un comerciante de Clermont, que tenia dos hijos de tierna edad, iba á ser preso, á instancia de unos acreedores inhumanos, á quienes no podia pagar 2,000 francos. En vano habia recurrido á sus amigos; sus súplicas y lágrimas habian sido inútiles. Instruido Massillon de la angustia y apuro de este honrado negociante, le hace llevar inmediatamente un bolsillo con 25 luises, por su jardinero, al cual encargó que callase su nombre. El mercader, arrodillado, le insta obstinadamente, y le obliga al fin á descubrirle quien es su bienhechor.... El jardinero, á su regreso, halla al comerciante á los pies del generoso Prelado: «Os debo la vida, le decía; y todavia, Monseñor, os debo mas; os debo el honor:» y tomando la mano del obispo, la regaba con sus lágrimas; Mas cuando quiso hablar de reconocimiento, Massillon le respondió. «Harto pagado estoy: entregad esa suma á vuestros acreedores, y decidles que salgo fiador por el resto.»—En 1740 envió 4,000 libras al hospital principal de Clermont: en 1741 le hizo entregar reservadamente 15,000 libras: en 1742 le cedió un crédito de 52,000 libras: por último, le instituyó por su legatario universal; y dió á su catedral su biblioteca.—Despues de hacer á los pobres muchos legados, se leen en su testamento estas notables palabras: «Todos los dias pido á J. C., que calme las disensiones que agitan á la Iglesia de Francia, y que se digne restablecer en ella la paz que hemos tratado de conservar en esta vasta diócesis.»

—Solia repetir frecuentemente en sus últimos dias: «Echo menos mi celdilla de Sept-Fonts.»

—Massillon murió de apoplegia, cumplidos los 79 años, en Clermont y en medio de los mas piadosos sentimientos de piedad, á 18 de setiembre de 1742; *sin dinero y sin deudas.*—M. David, canónigo de su iglesia, pronunció su oracion fúnebre; como igualmente el profesor de retórica en el colegio de Riom, que lo verificó en latin.

—Una tradicion constante nos asegura, que Massillon jamás predicó sus sermones cuales en el dia los leemos... En sus cartapacios se encontraron, á su muerte, muchos originales, que copiaba y retocaba sin cesar desde su promocion al obispado... La segunda parte de su discurso sobre las *Aflicciones* (para el 2.° domingo de *Adviento*), nos muestra hasta qué punto su última revision debió de mejorar sus manuscritos. En efecto, Massillon predicó su última Cuaresma en presencia de Luis XIV, año de 1704. Ahora bien; aparece que en ella le habla de los desastres de Ramillies y de Malplaquet, que fueron posteriores; y especialmente de la muerte de casi toda su posteridad, que ocurrió por los años de 1711, 1712 y 1714. Es claro pues que, al predicarla, no podia ofrecer al Monarca estos cuadros de sucesos verificados 10 años despues. Mas los rasgos que á aquellas piezas añadió, segun es notorio, en Clermont, no por ello son menos elocuentes; y «hasta la alabanza adquiere no sé que interés patético y augusto, cuando de esa manera está consagrada á templar las agonias de la vejéz y de la ancianidad,» como advierte el cardenal Maury (en su *Ensayo sobre la Elocuencia del Púlpito*)

—No es dudoso que el obispo de Clermont habria notado las repeticiones de ideas que en ocasiones debilitan la energia de su espresion, si se hubiese ocupado de publicar sus sermones. Hay ciertas correcciones, en particular la del estilo, que jamás ocurren, no siendo á vista de las *pruebas* impresas, única revision en que el gusto ejerce todo el rigor de la crítica... Este trabajo se habria limitado á borrar cuanto se encontrase repetido, sin que el talento del autor tuviese necesidad de enriquecer sus discursos con ninguna adicion. Sus editores jamás se decidieron a permitirse la menor supresion en los manuscritos. Estamos seguros de que leemos las composiciones de Massillon absolutamente conformes con las últimas copias que hizo el mismo para darlas á la prensa.

El P. José *Massillon*, sacerdote del Oratorio, sobrino del eminente Prelado, á quien este las regaló, nos dió su edicion completa en 1745; y falleció en Paris en 1780, á los 76 años.—Los *Análisis* de estos sermones son verdaderos modelos; llevan grande ven-

taja á los que figuran en otras colecciones semejantes.

—En uno de nuestros paseos á Beauregard (casa de recreo de los obispos de Clermont) tuvimos la dicha de ver al venerable Massillon. La muy bondadosa acogida que nos hizo el ilustre anciano, la viva y tierna impresion que en mí produjeron su presencia y el acento de su voz, forman uno de los mas agradables recuerdos de mi edad juvenil. En aquella época de la vida, en que las afecciones del entendimiento y del corazon se comunican recíprocamente de un modo tan súbito, en que entre la idea y el sentimiento se observa una rápida accion y reaccion respectiva; ninguno se hallará, á quien no sucediese, al ver á un hombre insigne, el imprimir sobre su frente los rasgos del carácter de su alma ó de su génio. De este modo, en las arrugas de aquel rostro ajado, y en aquellos ojos próximos á cerrarse, creia yo descifrar la espresion de una elocuencia tan sensible, tan tierna, tan elevada en ocasiones, y que tan profundamente penetraba. (Marmontel, Memorias, t. I.)

—Un viagero que pasaba por Clermont, mostró deseos de ver la casa de campo en que el gran Prelado pasaba la mayor parte del año. Dirijióse á un antiguo vicario general, que desde la muerte de su obispo, no habia tenido valor para volver á aquel sitio. Sin embargo, consintió en complacer al viagero, á pesar del profundo dolor que le causaba la presencia de unos lugares tan tristemente caros á su memoria. Partieron juntos, y el vicario se los mostraba sucesivamente al forastero: «Esa es, le decia con las lágrimas en los ojos, la calle por la cual el digno prelado paseaba con nosotros... Ese el emparrado á cuya sombra se sentaba para leer..... Ese el jardin que cultivaba por sus propias manos....» Entraron luego en la casa: y cuando hubieron llegado al aposento en que MASSILLON habia exhalado el último suspiro... «Ese es, le dijo, el sitio en que le hemos perdido:» y se desmayó al pronunciar estas palabras. Las cenizas de Tito y de Marco Aurelio hubieran envidiado un homenage igual.

PRINCIPALES ÉPOCAS DE MASSILLON.

Juan Bautista Massillon nació en Hieres, en Provenza, á 24 de junio de 1663.

Entró en la Congregacion del Oratorio en 10 de octubre de 1681.

Se ordenó de sacerdote en 1692.

Profesor de bellas-letras y de teología en Pezenas, Montbrison, Viena etc., hásta el año de 1696.

Director del seminario de San Maglorio en Paris.

Predicó en la Corte durante el Adviento de 1699, en las Cuaresmas de 1701 y 1704, y por tercera y última vez en 1718.

Abad de Savigny.

Nombrado para la mitra de Clermont en 7 de noviembre de 1717.

Preconizado en Roma por Clemente XI en mayo de 1718.

Consagrado en 21 de diciembre del mismo año.

Recibido en la Academia francesa el 21 de enero de 1719, en la vacante del abate de Louvois (Camilo Letellier.)

En 1721 hizo su solemne entrada en su diócesis, de la cual solo salió para ir á pronunciar en la abadia de San Dionisio la oracion fúnebre de S. A. R. la Sra. duquesa de Orleans, madre del Regente del Reyno.

Murió en Clermont, en Avernia, á 18 de setiembre de 1742.

†

EPITAFIO DE MASSILLON.

Credita sunt illi eloquia Dei! *(Rom. 3.)*
Postquam se amplius dedit
Ad diligentiam léctionis legis et prophetarum....
Cum esset sapientissimus, docuit....
Quæsivit verba utilia.
Conscripsit sermones rectissimos,
Ac veritate plenos....
Eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia....
Hæreditabit honorem,
Et Nomen illius erit vivens in æternum....
In omni ore, quasi mel,
Indulcabitur ejus Memoria.
(Eccli. XII, 31, 37, 9.)

INDICE.

Este opúsculo forma parte del Núm. 2.° de LA CRUZ, revista religiosa de Sevilla, publicada con censura y aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.